

Capítulo 4-Las ilusiones del ego.

Introducción

Este capítulo es notable porque introduce el ego, uno de los dos personajes principales de nuestro mito. Esta es su introducción formal en el Curso y la de su sistema de pensamiento, aunque el término haya sido usado antes. El

Capítulo 5 presenta al Espíritu Santo, el otro personaje importante. Antes de discutir el ego, revisaré el término leitmotif, que mencioné en mi

Preludio. Está basado en una palabra Alemana que significa "motivo principal". Recordemos que era utilizado por Richard Wagner, el renombrado compositor operístico del siglo XIX. El término se refiere a su

uso altamente sofisticado de los temas musicales para representar personajes, objetos o emociones en sus dramas musicales. Su filosofía era

que cada vez que se escucha el motivo, el oyente recuerda sus otros usos. A

medida que maduró como artista, su uso de estos motivos se hizo cada vez

más sutil y cambiaban en el transcurso del drama para que los oyentes pudieran experimentar el desarrollo de los personajes. El mencionado novelista alemán Thomas Mann también usó esta técnica. Y ciertamente se

puede encontrar en Un Curso de Milagros.

Ya hemos visto dos motivos específicos que son la base de las enseñanzas

del Curso. El primero es el principio de Expiación: que la separación nunca

sucedió. Al final del Capítulo 3 hay un pasaje que resume maravillosamente

este tema: "La paz es el patrimonio natural del espíritu. Todo el mundo es

libre de rechazar su herencia, pero no de establecer lo que ésta es"

(T3.VI.10:1-2). Nuestra herencia como Hijo de Dios está perfectamente segura, lo elijamos o no. En el Capítulo 26, el mismo tema encuentra expresión poética: "... no se perdió ni una sola nota del himno Celestial".

Las vueltas y más vueltas del sistema de pensamiento del ego y sus efectos
no hicieron ningún cambio en el amor del Cielo, ni en nuestra extensión de
ese amor. Este tema, con sus muchas variaciones, se repite a lo largo de Un
Curso de Milagros, y es este principio el que el ego defiende tan persistentemente. Comenzamos revisando algunas de estas referencias
como testigo de cuántas veces Jesús se refiere al principio de Expiación, y a
las diferentes formas en que lo hace. De nuevo, esto es paralelo a lo que
hizo Wagner con su música: cambiar la coloración de la música mientras se
mantiene el tema básico en todo momento.
El principio de Expiación.
(I.8:5) Tú formas parte de la realidad, la cual permanece inmutable más allá del alcance del ego, aunque fácilmente al alcance del espíritu.
A pesar de nuestra identificación con el sistema del ego, el hecho de que
sigamos siendo parte de la realidad no ha cambiado. Nuestra verdadera
Identidad sigue siendo espíritu, sin ser afectado por nada en lo que la mente
haya elegido creer.
(I.11: 5-7) No obstante, Su [de Dios] hogar, seguirá en pie eternamente,
listo para cuando decidas entrar a ocuparlo. De esto puedes estar completamente seguro: Dios es tan incapaz de crear lo perecedero como
el ego de fabricar lo eterno.
Nuestro hogar eterno en el Cielo es eternamente inmutable, y nada del ego
puede afectarlo. En el mundo del ego – de la culpa y la materialidad – todo
es perecedero y cambia continuamente, por lo cual no puede proceder del
Dios inmutable y eterno. Este es uno de los argumentos del Curso sobre por

qué el Dios verdadero no creó el universo físico.

(III.1: 4-6) Tú eres el Reino de los Cielos. ¿Qué otra cosa sino a ti creó el Creador?, y ¿qué otra cosa sino tú es Su Reino? Éste es un mensaje de la Expiación, mensaje qué, en su totalidad, trasciende la suma de las partes.

El Reino de los Cielos no está dentro de nosotros; nosotros somos el Reino.

El mensaje de la Expiación es que nuestra verdadera Identidad como Cristo

no se ve afectada por ninguno de nuestros pensamientos locos. La separación no ha tenido efecto porque la separación no ha ocurrido.

Además, Jesús enseña que nosotros también tenemos un Reino:

(III.1: 7-13) Tú también tienes un Reino que tu espíritu creó. Éste no ha dejado de crear como consecuencia de las ilusiones del ego. Tus creaciones no son huérfanas, de la misma manera en que tú tampoco lo

eres. Tu ego y tu espíritu nunca serán co-creadores, pero tu espíritu y tu

Creador lo serán siempre. Ten por seguro que tus creaciones están a salvo como tú.

El Reino está perfectamente unido y perfectamente protegido, y el ego no prevalecerá contra él. Amén.

Estas son declaraciones claras del principio de Expiación. Cualquier cosa

que pareciera surgir en la mente del Hijo de Dios, y todo lo que parece haber sucedido desde la diminuta y alocada idea, no ha tenido efecto y no

existe. Es por eso que, a lo largo de Un Curso de Milagros, cuando se habla

del mundo y su sistema de pensamiento se habla de ilusiones. No solo nuestra creación no se ve afectada, sino tampoco nuestras creaciones, las

extensiones de nuestro espíritu. El Reino es un espíritu, un amor, un Ser, y

ningún pensamiento dualista de separación puede entrar donde reina la verdad.

(IV.8: 2) El poder de un Hijo de Dios es ilimitado, pero él puede restringir la expresión de su poder tanto como quiera.

Una vez más, dentro de la ilusión somos libres de creer lo que queramos,
pero estas creencias no tienen poder para cambiar la realidad, aunque podemos soñar que las limitaciones del ego sobre el amor son verdaderas.

(IV.9: 6) Tu ego no puede impedir que Dios resplandezca sobre ti, pero sí puede impedirte que le dejes resplandecer a través de ti.

El ego no puede evitar que el Amor de Dios brille sobre nosotros, lo cual es

una forma poética de decir que el ego no puede afectar el hecho de que

seguimos siendo uno con nuestra Fuente. Sin embargo, dentro del sueño

somos libres de creer que tenemos el poder de bloquear este Amor y envolverlo en la oscuridad de la culpa y el ataque, lo que nos envuelve a

nosotros mismos y al mundo de nuestras relaciones especiales.

(VI.1: 6-7) El ego no es más que una parte de lo que crees acerca de ti.

Tu otra vida ha continuado sin ninguna interrupción, y ha sido, y será siempre, completamente inmune a tus intentos de dissociarte de ella.

Una vez más, el sistema de pensamiento del ego con el que nos hemos identificado no ha tenido ningún efecto sobre Quién realmente tú eres.

Este

Ser permanece vinculado a nuestras mentes correctas a través del Espíritu

Santo y Su Expiación; separarnos de la verdad para vivir en la ilusión, no ha

alterado la realidad de nuestra "otra vida".

(VII.3: 11-12) La mente puede distorsionar su propia función, pero no puede atribuirse a sí misma funciones que no le fueron dadas. Por eso es por lo que la mente no puede perder del todo la capacidad de comunicarse, aun cuando puede negarse a utilizarla en favor del estado

de ser.

Aunque hemos tratado de perder la capacidad de comunicarnos, lo que en

Un Curso de Milagros significa crear como una extensión del Amor de Dios, esto no cambia el hecho de que esta habilidad siempre está con nosotros, de la cual el Espíritu Santo es el recordatorio gentil.

Revisaremos

esta idea en el Capítulo 5, donde también veremos que ser es tanto un atributo del espíritu como su sinónimo.

Reconocer la importancia de la Expiación nos permite entender su lugar

como el motivo germinador de Un Curso de Milagros. Debido a que el mundo es una ilusión, la curación de cualquier problema aquí es simple, y

es la misma para todas nuestras preocupaciones: volvemos a la mente tomadora de decisiones donde el error fue cometido, cambiamos la elección

errónea, y el problema habrá desaparecido. El principio de Expiación es la

razón por la cual no hay grados de dificultad en los milagros.

Volveremos

repetidamente a este tema sinfónico mientras viajamos a través del texto,

porque es la única base del miedo del ego.

El miedo del ego al principio de Expiación.

El segundo motivo, siguiendo los pasos del motivo de la Expiación, es el

miedo del ego a la Expiación. Hemos visto muchos ejemplos de esto en los

primeros tres capítulos, y continuaremos viéndolos. Este tema es muy importante porque el miedo del ego al Espíritu Santo y a Su principio de

Expiación literalmente da lugar a su sistema de pensamiento de separación

- pecado, culpa, miedo y especialismo: la necesidad de huir de la mente y

crear un mundo de cuerpos. La Expiación y el miedo del ego a ella - en realidad es el miedo a que el Hijo elija la Expiación - establece los cimientos del sistema de pensamiento de Un Curso de Milagros. Es esencial

que reconozcamos este tema en los primeros movimientos de nuestra sinfonía, porque hará que lo que sigue sea más fácil de comprender y, con el

tiempo, más fácil de practicar y demostrar.

Nuestra discusión sobre el miedo del ego reintroduce el tema de la escasez.

La creencia de que hay algo que falta en nosotros, que es inherente al

mundo perceptual de los detalles, y Jesús la contrasta con la abstracción. El ego intenta fabricar un mundo de detalles y hacernos creer que esto es la realidad. Sin la especificidad que proviene de la creencia en la separación no habría ego, el cual nació en el instante profano cuando el Hijo de Dios creía que tenía una identidad específica que era independiente de la noespecífica Unidad de Dios y de Cristo. Fabricar un mundo de detalles, entonces, se convierte en testigo de la aparente realidad de la separación del ego. El miedo del ego, justificable desde su punto de vista, es que, si el Hijo elige el mundo abstracto del conocimiento, desaparecerá. Ahora pasamos a referencias que resaltan este tema crucial, comenzando con declaraciones sobre el conocimiento del Cielo, el mundo del ser: (II.1: 4-5) El pensamiento abstracto es pertinente al conocimiento porque el conocimiento es algo completamente impersonal, y para entenderlo no se necesita ningún ejemplo. La percepción, por otra parte, es siempre específica y, por lo tanto, concreta. El conocimiento es sinónimo del Cielo, y todo lo que "conoce" es Dios o espíritu. Es completamente impersonal o no-específico, y no reconoce la personalidad o un yo distintivo. Los ejemplos específicos son irrelevantes para el conocimiento, razón por la cual no hay grados de dificultad en los milagros. Por esta razón, los detalles de cualquier problema no importan; solo es importante el propósito del ego para el mundo y el cuerpo. Dado que el problema es nuestra creencia de que los problemas existen fuera de la mente, la naturaleza concreta y específica del universo físico no es más ni menos que la representación del pensamiento mental de una identidad

específica distinta de nuestro Creador y Fuente. Aquí vemos de nuevo las sutiles y entrelazadas ideas del Curso, y cómo una comprensión completa del significado de una sola oración o pasaje nos recuerda la totalidad de su sistema de pensamiento.

(VII.1: 2-3) Las ilusiones del ego son muy concretas aunque la mente es naturalmente abstracta. Parte de la mente, no obstante, se vuelve concreta al dividirse.

Recordemos que el Capítulo 3 definió la conciencia como "la primera división que se introdujo en la mente después de la separación ..."

(T3.IV.2:1). Jesús aquí dice lo mismo de otra manera.

(VII.1: 4-5) La mente concreta cree en el ego porque el ego depende de lo concreto. El ego es aquella parte de la mente que cree que lo que define tu existencia es la separación.

El ego separado depende de lo específico, mientras que en el Cielo solo hay

unidad y totalidad perfecta – no un sujeto y un objeto de la dualidad. El ego

es simplemente la parte de nosotros que le gusta ser nosotros: un yo separado que es aparentemente autónomo de la realidad abstracta de Cristo.

(VII.4: 1) Tanto la existencia como el estado de ser se basan en la comunicación.

En Un Curso de Milagros, Jesús casi siempre usa existencia como sinónimo

del mundo perceptivo, nuestra existencia como una entidad separada. El

término ser, sin embargo, está reservado para el estado del espíritu, no-

específico o abstracto. La existencia, por lo tanto, siempre es específica,

como indica la siguiente oración:

(VII.4: 2) La existencia, sin embargo, es específica en cuanto a qué, cómo y con quién vale la pena entablar comunicación.

Más adelante en el texto veremos esta idea desarrollada en términos de las

relaciones especiales, cómo nos relacionamos con personas específicas para comunicar nuestra culpa, esperando que nos la quiten y que nos liberen mágicamente de la prisión autoimpuesta por la mente.

(VII.4: 3) El estado de ser carece por completo de estas distinciones. Ser/conocimiento es un estado no-específico de abstracción, ya que no hay distinción en el Cielo: no existen Seres separados conocidos como Dios y Cristo. Usamos estos nombres dualistas para expresar la relación unificada entre Dios y Él Mismo en términos que nosotros, como criaturas dualistas, podamos entender. En verdad, sin embargo, debido a que las extensiones divinas nunca abandonan su Fuente, el Creador y lo creado son uno y no son distintos el Uno del Otro.

Ahora estamos listos para los pasajes que se centran específicamente en el miedo del ego al principio de Expiación, o mejor, el miedo del ego a que la mente elija el principio de Expiación. La mente tomadora de decisiones puede elegir el ego o el Espíritu Santo, y la preocupación aterrorizada del ego es esa, que la mente reconozca que su elección por el sistema de pensamiento de especificidad fue un error, ya que entonces el Hijo cambiaría su mente y elegiría recordar a la Filiación en su estado abstracto y no-específico. Esto anunciaría el final de la existencia del ego, y esta muy importante dinámica es la fuente del sistema de pensamiento del ego. Hemos discutido esto antes, pero la examinaremos con más detalle cuando la encontremos como aquí, que es el primer lugar en Un Curso de Milagros donde se expone la estrategia del ego. Sin embargo, esta estrategia no tiene

sentido sin comprender el miedo del ego, que a su vez no tiene sentido sin

ver primero el miedo del ego al principio de Expiación: que la separación,

de donde surgió el ego, nunca ocurrió.

(I.2: 6-7) Nada puede llegar al espíritu desde el ego, ni nada puede llegar al ego desde el espíritu. El espíritu no puede ni reforzar el ego, ni aminorar el conflicto interno de éste.

El espíritu y el ego representan estados mutuamente excluyentes. El espíritu

no sabe del ego, y no se puede aminorar el conflicto de algo que no existe.

Por eso, como veremos repetidamente a lo largo del texto, Jesús nos insta a

no luchar contra el ego. Cuando luchamos contra algo, nosotros obviamente

lo hacemos real. El espíritu no lucha contra el ego, ni busca cambiarlo o

corregirlo. Una ilusión es simplemente lo que es, y al aprender a elegir el

espíritu inevitablemente provocamos la muerte del ego. No es necesario

hacer nada con la nada inherente del ego, excepto retirar nuestra creencia en él.

(I.2: 8-12) El ego en sí es una contradicción. Tu falso ser y el Ser de Dios

están en oposición. Y lo están con respecto a sus orígenes, rumbos y desenlaces. Son fundamentalmente irreconciliables porque el espíritu no puede percibir y el ego no puede gozar de conocimiento. No están, por lo tanto, en comunicación, ni jamás lo podrán estar.

No es que el Ser de Dios esté en oposición al ego, sino que el Ser de Dios y

el ser del ego son estados mutuamente excluyentes. En ese sentido están en

oposición. Sin embargo, este no es un curso para conciliar opuestos, y ésta,

por ejemplo, es una gran diferencia entre Un Curso de Milagros y el trabajo

de Jung, quien enseñó que la totalidad proviene de la reconciliación de los opuestos, lo que significa que los opuestos se ven como reales y necesitan ser integrados. El Curso enseña que no podemos reconciliar espíritu y ego, luz y oscuridad, amor y miedo, porque en presencia de uno, el otro debe desaparecer. Todo y nada nunca podrán reconciliarse, ni podrán comunicarse entre sí.

(I.2: 13-14) El ego, sin embargo, puede aprender, aun cuando su hacedor esté desencaminado. Éste, no obstante, no puede hacer que lo

que fue infundido con vida sea completamente exánime.

Este es otro ejemplo del principio de Expiación. A pesar de nuestros intentos de mantener el ego "vivo" y hacer un cuerpo que pensamos que vive, nada cambia en lo que está realmente vivo: nuestra realidad como espíritu.

La afirmación de que "el ego, sin embargo, puede aprender" es confusa,

porque la palabra ego se usa de manera diferente aquí que, en otros lugares

en Un Curso de Milagros, donde casi siempre es sinónimo de los pensamientos de mentalidad-errada. Cuando Jesús dice aquí que "el ego, sin

embargo, puede aprender", se refiere a la parte tomadora de decisiones de la

mente. Él está hablando del ego como una mente dividida, y la parte que

aprende no es el ser de mentalidad-errada, el cual no puede aprender, sino

tomador de decisiones de la mente. Esta parte se enseñó a sí misma a creer

en la realidad del ego y en la naturaleza ilusoria del Espíritu Santo, y ahora

se le puede enseñar a cambiar su mente y aprender que el ego miente y es

ilusorio, y el Espíritu Santo es la única Voz que habla por la verdad.

(I.3: 1-2) El espíritu no tiene necesidad de que se le enseñe nada, pero el ego sí. El proceso de aprender se percibe, en última instancia, como algo aterrador porque conduce, no a la destrucción del ego, sino al abandono de éste a la luz del espíritu. El ego no se destruye; simplemente desaparece. Esto ayuda a explicar por qué los estudiantes de Un Curso de Milagros tienen tantos problemas para aprender su plan de estudios. Aunque puedan dominar su metafísica, repitiendo casi de memoria las intrincadas formas de operar del ego, todavía no han aprendido cómo renunciar al juicio y al especialismo, y no han aprendido a no molestarse por lo que realmente es nada, lo que es el motivo por el cual el miedo del ego a la Expiación es tan importante y se repite a lo largo de esta magnífica sinfonía. Como el ego está aterrorizado por nuestro aprendizaje, como veremos nuevamente en breve, diseña una estrategia para dejarnos sin mente. Si no somos conscientes de tener una mente, no hay forma de que podamos cambiarla. Esto significa, por supuesto, que no podemos aprender. No es necesario decir que el aprendizaje no ocurre en el cerebro, sino en la mente donde solo hay dos posibilidades: el sistema de pensamiento del ego o el del Espíritu Santo. El ego teme nuestro aprendizaje porque si nosotros aprendemos verdaderamente, él desaparecerá. El ego trata de negar el poder de nuestro aprendizaje al dejarnos sin mente, negando así la capacidad de la mente para elegir la Expiación en lugar de la separación. (I.3: 3,5) Éste es el camino que el ego no puede sino temer, puesto que no comparte mi caridad... Nunca atacaré a tu ego, si bien estoy tratando de enseñarte como surgió su sistema de pensamiento.

Estos primeros capítulos sientan las bases para la enseñanza básica de Un

Curso de Milagros: aprender a perdonar. Para volver a hacer este punto vitalmente importante, no entenderemos cómo y por qué surgió el sistema

de pensamiento del ego hasta que entendamos su miedo fundamental a la

Expiación, que la separación nunca ocurrió. Jesús nos enseña que el ego se

originó con un pensamiento delirante que, al no haber existido, no necesita

ser confrontado, deshecho o atacado. Simplemente miramos su nada inherente a través de la amable y gentil visión de Jesús, y veremos su aparente existencia disolverse silenciosamente en la luz sanadora de la

Expiación.

(I.3: 6) Cuando te recuerdo tu verdadera creación, tu ego no puede por menos que reaccionar con miedo.

El principio de Expiación es el recordatorio de que permanecemos tal como

Dios nos creó: espíritu puro, totalmente uno con Su Amor. Esta es nuestra

Identidad, el Ser de Cristo, no el ser con el que nos relacionamos. El que

recordemos este Hecho feliz es el miedo del ego, y pronto veremos su ingeniosa respuesta.

(I.10: 1) El ego tiene miedo del gozo del espíritu porque una vez que lo hayas experimentado dejarás de proteger y de atribuirle valor al miedo.

Hemos visto cómo el ego teme que, si vemos que nuestra elección fue un

error, decidiríamos por el Espíritu Santo – el único gozo posible en el sueño

– y en ese momento retiraríamos nuestra fe en su existencia.

Necesitamos

recordar que el ego no es más que la creencia del Hijo en él. Todo el poder

del sistema de pensamiento del ego y del mundo parece tener su origen en

el poder de elegir de la mente tomadora de decisiones, lo que significa el

poder de invertir en la realidad de un sistema de pensamiento, ya sea verdadero o falso. El sistema de pensamiento del ego no es verdad, pero si

creemos que sí, entonces sí lo es – pero solo dentro del sueño. De nuevo,

aunque el Cielo no ha cambiado a pesar de esta locura, nuestras mentes

delirantes creerán que el Cielo fue afectado por nuestro pecado y que se

tomarán represalias. El ego nunca querrá que nos demos cuenta de que todo

está inventado y que todo esto no es nada excepto un mal sueño.

(I.10: 2) Le atribuyes gran valor ahora porque el miedo es un testigo de la separación, y tu ego se regocija cuando das testimonio de ella.

Nuestra inversión aquí es ciertamente excelente. Si no hay ego, no hay yo –

ni un yo físico, ni psicológico – y para preservar este yo, debemos protegernos del gozo, de la verdad y del principio de Expiación del Espíritu

Santo, esforzándonos continuamente por demostrar que están equivocados.

(I.10: 3-5) ¡Repúdialo! No le escuches ni le ampares. Escucha únicamente a Dios, que es tan incapaz de engañar como lo es el espíritu que Él creó.

Esta es la voz que el ego engañoso intenta ahogar. En el Capítulo 5, el Espíritu Santo se describe como la Voz de Dios, que dice: "Elige de nuevo.

Deja atrás el ego porque no te ha hecho feliz". A lo largo de Un Curso de

Milagros, Jesús nos insta a reconocer las mentiras del sistema de pensamiento del ego, establecidas para ocultar la simple verdad de la Expiación del Espíritu Santo.

(II.5: 1-4) Socavar el sistema de pensamiento del ego no puede sino percibirse como un proceso doloroso, aunque no hay nada que esté más

lejos de la verdad. Los bebés gritan de rabia cuando se les quita un cuchillo o unas tijeras, a pesar de que, si no se hiciese, podrían

lastimarse. En este sentido todavía eres un bebé. No tienes una idea clara de lo que es el verdadero instinto de conservación, y probablemente decidirás que necesitas precisamente lo que más daño te haría.

Creemos que lo que refuerza nuestra identidad separada, luego definida como especialismo, nos ayudará. Además, valoramos cualquier cosa que nos permita proyectar nuestra culpa en los demás, ya que eso refuerza nuestra existencia individual, al mismo tiempo en que parece liberarnos de la aterradora carga de auto-odio.

También podemos entender que este pasaje significa que buscamos desesperadamente preservar el yo que pensamos que somos, reaccionando

inmediata y vigorosamente contra cualquier amenaza, reacciones que Jesús

más adelante llama proferir a gritos [berrinches] (T-18.II.4:1).

Específicamente, quiere decir que lucharemos contra cualquier sistema de

pensamiento que amenace con quitarnos, por la naturaleza misma de su

enseñanza, nuestro especialismo individual. Haremos, y hemos hecho cualquier cosa para evitar que esto suceda.

Por cierto, esto está lejos de ser el único lugar en Un Curso de Milagros donde Jesús nos describe como bebés, infantes o niños. Su punto es que los

niños no saben qué es lo mejor para ellos. Ven un color brillante y quieren

alcanzarlo, sin saber que es una llama que podría quemarlos; o ven un objeto que resplandece y quieren ir a tocarlo, sin darse cuenta de que es un

trozo de vidrio que puede cortarlos, o en este caso un cuchillo o tijeras.

Parte de la carga de Jesús como nuestro maestro es convencernos de que

aferrarnos a nuestro instinto de conservación es dañino, y que lo que él nos

ofrece no nos hará daño, sino que solo nos ayudará. Una vez más, lo que

nos hace unos reacios estudiantes, es el miedo que tenemos a aprender esta lección de Expiación. En cierto nivel entendemos que aceptar la Expiación significa el fin de quienes somos, un destino que es la muerte del ego. (II.8: 4-5) El ego es la creencia de la mente según la cual tiene que valerse completamente por sí misma. Los incesantes esfuerzos del ego por ganar el reconocimiento del espíritu y establecer así su propia existencia, son inútiles. Intentamos desesperadamente que Dios nos preste atención, por eso el ego escribió la Biblia, en donde el Creador nos presta una cuidadosa atención: nos crea, nos ama, nos asesina, nos salva, etc. Cada una de estas intervenciones prueban que Dios reconoce nuestra existencia. Desde el punto de vista del ego, no importa si Dios nos protege o nos destruye, y es por eso que es tan importante que los estudiantes de Un Curso de Milagros entiendan que nuestra Fuente no sabe de nosotros. Esto no es algo terrible, sino una alegre expresión del principio de Expiación de que la separación nunca sucedió. Dado esto, ¿cómo podría Dios saber de nosotros? Si lo supiera, la separación sería un hecho y todos estaríamos en serios problemas. (II.8: 6-7) El espíritu en su conocimiento no es consciente del ego. No lo ataca; simplemente no lo puede concebir en absoluto. Esta es una declaración horrenda para el ego, tanto que la mayoría de los estudiantes del Curso olvidan que se encuentra aquí. Dios (espíritu) no sabe nada de nosotros. Este hecho aterroriza al ego porque si elegimos el espíritu, que es lo que logra la elección por el Espíritu Santo, la existencia del ego se deshace. (II.8: 8) Aunque el ego tampoco se percata del espíritu, se percibe a sí mismo rechazado por algo más grande que él. Como el ego no es consciente del espíritu, la amenaza no es Dios o el

Espíritu Santo, sino la mente tomadora de decisiones – "algo más grande que él". Ésta contiene el poder que le dio al ego su existencia, y si le retira ese poder, la existencia del ego desaparece de nuevo en la nada de donde provino (T-10.IV.1:9).

(III.3: 1-2) Es seguro que a estas alturas resulta evidente por qué el ego considera que el espíritu es su "enemigo". El ego surgió como resultado de la separación, y la continuidad de su existencia depende de que tú sigas creyendo en la separación.

"Enemigo" se pone entre comillas porque el ego piensa que el espíritu es su enemigo. No se puede decir con demasiada frecuencia que el ego no debe su existencia a otra cosa que no sea la creencia de la mente en él, un poder que es la fuente real del miedo del ego.

(III.3: 3-4) El ego tiene que ofrecerte algún tipo de recompensa para que sigas abrigando esta creencia. Lo único que puede ofrecerte es una sensación de existencia temporal que se origina con su propio comienzo y termina con su propio final [Nacimiento y muerte].

El ego dice que, si seguimos creyendo en él, nos dará nuestra existencia y nuestra individualidad y que estarán por siempre aseguradas. Además, el ego nos asegura una vida futura: "Si haces lo que te pido, irás al Cielo. Si no, seguramente irás al infierno para ser castigado y destruido".

(III.3: 5) Te dice que esa vida es tu existencia porque es la suya propia. El ego nos dice esto porque la separación define su existencia, y nos ha convencido de que somos el ego.

(III.3: 6) Frente a esta sensación de existencia temporal, el espíritu te ofrece el conocimiento de la permanencia y de la inmutabilidad del estado de ser.

El problema es que no estamos interesados en un ser permanente e inmutable, porque como individuos no existimos en el estado de abstracción. El hogar del ego es el estado de especificidad, separación y

especialismo, y la base de su miedo es que la mente vuelva a la cordura y

elijas regresar a su identidad como espíritu. Jesús continúa:

(III.3: 7-8) Nadie que haya experimentado la revelación de esto puede volver a creer completamente en el ego otra vez. ¿Cómo iba a poder imperar su miserable oferta por encima del glorioso regalo que Dios te hace?

Para garantizar que nunca hagamos esta comparación, el ego borra la conciencia de Dios de nuestra memoria, primero cubriéndola con su sistema

de pensamiento de mentalidad-errada de pecado, culpa y miedo, y luego

con el mundo, el punto en el cual nos volvemos sin mente. Sin reconocer

que tenemos una mente, no hay forma de que podamos acercarnos a ella, y

de ninguna manera podemos comparar el glorioso regalo de Dios con los

regalos del ego. Si todo lo que conocemos es el miedo y las formas de eliminarlo, y no conocemos el verdadero amor, la elección significativa es

imposible.

(III.5: 1-2) Existe una clase de experiencia tan diferente de todo lo que el ego pudiera ofrecerte que nunca más querrás volver a encubirla u ocultarla. Es necesario repetir que tu creencia en la obscuridad y en la ocultación es la razón de que la luz no pueda pasar.

La palabra clave en la última oración es creencia. El hecho es que no hay

obscuridad, y solo la creencia en ella evita que la luz de la Expiación brille

en nuestras mentes. Esta creencia, como acabamos de ver, está oculta por el

doble escudo de la culpa y el mundo de la culpa del ego. En ese punto, entonces, no hay forma de volver al punto de toma de decisiones en nuestras mentes para tomar la decisión correcta.

(III.9: 1-3) En tu propia mente, aunque negada por el ego, se encuentra

la declaración que te hará libre: Dios te ha dado todo. Este simple hecho significa que el ego no existe, y esto le aterroriza mortalmente. En presencia del Amor de Dios y del Pensamiento de Expiación, el ego deja de existir, lo que inevitablemente engendra miedo. La afirmación de que "Dios te ha dado todo" expresa el principio de abundancia. La aparente ausencia de nuestra abundancia como Cristo crea un mundo de escasez y falta, lo cual el ego intenta compensar dándonos un amor especial para suministrar el amor que en nuestra locura hemos elegido excluir. Debido a que el ego teme que el Hijo despierte de su error y elija de nuevo, Jesús apela a nuestro tomador de decisiones de la mente – el verdadero "tú" al que se refiere – para mirar objetivamente la increíble situación de tratar de demostrar que la verdad del Espíritu Santo está equivocada y las ilusiones del ego son verdaderas: (III.10) Al sereno ser del Reino de Dios, del que eres perfectamente consciente cuando estás en tu sano juicio, se le expulsa sin miramientos de aquella parte de la mente que el ego rige. El ego está desesperado porque se enfrenta a un contrincante literalmente invencible, tanto si estás dormido como si estás despierto. Observa cuánta vigilancia has estado dispuesto a ejercer para proteger a tu ego, y cuán poca para proteger a tu mente recta. ¿Quién, sino un loco, se empeñaría en creer lo que no es cierto, y en defender después esa creencia a expensas de la verdad?

El ego sabe que su gran enemigo es el poder de la mente para elegir contra él, y que, si el Hijo recupera su juicio, él estará terminado. ¿Quiénes, sino los locos, elegirían aliarse con la enfermedad, el sufrimiento y la muerte, cuando la verdad de la paz y el Amor eterno de Dios los llama a regresar a casa?

(IV.8: 9-10) Sin tu lealtad, protección y amor, el ego no puede existir. Deja que sea juzgado imparcialmente y no podrás por menos que retirarle tu lealtad, tu protección y tu amor.

El ego trabaja extremadamente duro para mantener su estado desequilibrado

y evitar que la parte de mentalidad-correcta en nosotros restaure el equilibrio de la mente:

(V.1: 3-4)) El ego se mantiene extremadamente alerta con respecto a lo

que permite llegar hasta la conciencia, y ésta no es la manera en que una

mente equilibrada se mantiene ecuánime. El desequilibrio del ego se acentúa aún más porque mantiene su motivación principal oculta de tu conciencia, y hace que el control predomine sobre la cordura.

Al igual que con un país en guerra, el ego es extremadamente cuidadoso

con la información que permite. Nos permite escuchar solo lo que fomenta

sus esfuerzos y oculta lo que los obstaculiza. Dado que esto debe colocarnos en conflicto con nosotros mismos, nuestras mentes están fuera

de balance. Esto, entonces, es un hecho críticamente importante para recordar: nunca somos conscientes de la motivación principal del ego para

mantenernos sin mente, lo que preserva su identidad separada al controlarnos a través del miedo. El ego nos dice que podemos ser felices

siendo un individuo y satisfaciendo nuestras necesidades especiales. No nos

dice que podemos ser felices solamente al elegir en contra de eso y volviéndonos hacia la mentalidad-correcta.

(V.1: 5-6) El ego tiene todas las razones del mundo para hacer esto, de acuerdo con el sistema de pensamiento que le dio origen y al que sirve.

Puesto que el sano juicio juzgaría irrevocablemente contra él, el ego lo tiene que eliminar en aras de su propia supervivencia.

El sano juicio está en la mente correcta, la cual debemos elegir continuamente hasta que se restablezca nuestra cordura. Para asegurarnos

de permanecer perpetuamente locos, el ego busca borrar todo recuerdo de la

Expiación, ocultándolo detrás de su sistema de pensamiento dual de la separación de la mente y del cuerpo sin mente.

(V.2: 2-4) Los Pensamientos de Dios son inaceptables para el ego porque apuntan claramente al hecho de que él no existe. El ego, por lo tanto, los distorsiona o se niega a aceptarlos. Pero no puede hacer que dejen de existir.

La última oración es el motivo central de nuestra sinfonía del principio de

Expiación – la verdad no ha cambiado – lo que más teme el ego. Los Pensamientos de Dios son inaceptables para el ego porque Ellos unifican la

totalidad, demostrando que el ego nunca existió. Si ese recuerdo de la verdad permanece desprotegido en la mente, ya no hay lugar para el ego, ni

hay espacio para su ser individual y especial. El ego, entonces, no tiene más

remedio que defenderse contra el recuerdo del Hijo llevando la verdad del

Espíritu Santo a su ilusión e involucrándolo en el mundo sin mente de la

irrealidad, haciendo que la separación sea real. Eso simplemente niega la

Expiación directamente, manteniendo su propia "verdad" de separación.

(V.2: 7) ... [el ego] evita ser aniquilado, como de seguro lo sería en presencia del conocimiento.

Ten en cuenta cuántas veces en este capítulo Jesús presenta este tema central de la necesidad del ego de la auto-conservación.

(V.3: 2-3) ... el ego ... juzga únicamente en función de lo que supone o no una amenaza para él. En cierto sentido su temor a Dios es cuando menos lógico, puesto que la idea de Dios hace que el ego se desvanezca.

El Espíritu Santo nos guarda la idea de Dios como el principio de Expiación

en la mente correcta. El ego no se detiene ante nada para evitar que tengamos acceso a nuestra mente tomadora de decisiones. Este es el propósito del mundo, y el ego teme que el Hijo escoja la interpretación del

Espíritu Santo de la diminuta y alocada idea – “¿Qué diminuta y alocada idea? ¡No pasó nada!” – en lugar de la contrastante y jubilosa respuesta del ego: “¿No es maravilloso que existamos? La separación es cierta, es un hecho que no se puede negar”.

Un último punto en esta sección: es importante recordar que el ego no es una entidad separada, sino que es simplemente la parte de nosotros a la que le gusta ser parte (además de aparte), en lugar del todo. Es solo la decisión de la mente de identificarse con el pensamiento de separación lo que dio origen al ego y su continua decisión lo sostiene. Como la mente dividida obedece el principio de uno u otro, la otra parte de la mente que contiene el recuerdo de nuestra identidad como espíritu está enterrada. La tesis central de Un Curso de Milagros es que, de hecho, tenemos el poder de corregir nuestra elección errónea – el poder de decisión de la mente:

(VI.4) El ego y el espíritu no se conocen. Sólo mediante la disociación puede la mente separada mantener vigente la separación. Una vez que ha hecho esto, niega todos los impulsos verdadera-mente naturales, no porque el ego sea una cosa separada, sino porque quieres creer que tú lo eres. El ego es un mecanismo para seguir albergando esta creencia, pero sigue siendo únicamente tu decisión de usar tal mecanismo lo que lo perpetúa.

El ego se embarca en una ingeniosa estrategia para evitar que ejerzamos ese poder, disociándolo o dividiéndolo, manteniendo así a nuestra mente tomadora de decisiones fuera de la conciencia. Esta estrategia es el tema de nuestra próxima sección.

La estrategia del ego

Para garantizar que nunca reconozcamos nuestra elección equivocada, hecha como el único Hijo de Dios, el ego desarrolla una estrategia, que, en cierto sentido, pone en marcha todo de lo que habla este curso. Es esencial comprender esta estrategia y el propósito al que sirve: proteger el miedo del ego a nuestra elección de identificarnos con la Expiación del Espíritu Santo.

Una vez que comprendamos estos dos motivos y cómo interactúan – el principio de Expiación y el miedo del ego a él – la estrategia que surge de ellos será inequívocamente clara.

La estrategia del ego está dirigida a evitar que elijamos en su contra, y así,

nos transforma en criaturas sin mente, proyectando el pensamiento de separación de la mente, convirtiéndonos en cuerpos. Como se explica en el

Preludio de esta serie, el ego nos motiva a abandonar la mente al convencernos de tener miedo de esta. Este miedo se deriva directamente de

nuestra aceptación del mito del ego de que hemos pecado contra Dios. La

culpa resultante exige que seamos castigados por nuestro pecado, lo que nos

aterroriza. Esto, entonces, nos impulsa a huir de la mente hacia el mundo,

temerosos de la ira de Dios y de nuestro seguro destino. No hace falta decir

que el mito del ego es inventado, al igual que el mundo que se fabricó como

defensa contra el cuento de pesadilla del ego.

Pasamos ahora a algunos pasajes que se centran en estas dinámicas:

(1.5: 4-5) Pero recuerda que las leyes se promulgan para proteger la continuidad del sistema en que cree el que las promulga. Es natural que

el ego trate de protegerse a sí mismo una vez que lo inventaste, pero no

es natural que desees obedecer sus leyes a menos que tú creas en ellas.

Esta es nuestra introducción al tema de la estrategia defensiva del ego y su necesidad de proteger su existencia. Recuerda que la amenaza para el ego no es Dios o la verdad, sino el poder de la mente del Hijo para elegir contra el ego y por el Espíritu Santo y Su verdad de la Expiación. Su estrategia, una vez más, es dejarnos sin mente fabricando un cuerpo y haciendo que un velo de olvido caiga sobre la mente, erigiendo así una barrera aparentemente impermeable entre mente y cuerpo. Ahora solo somos conscientes de nuestra identidad física, separada de la mente que la piensa. El siguiente pasaje nos da una idea de lo que el ego ha hecho con el cuerpo y la mente:

(II.7: 7-9) El origen de los apetitos corporales no es físico. El ego considera al cuerpo como su hogar, y trata de satisfacerse a sí mismo a través de él. Pero la idea de que eso es posible es una decisión de la mente, que está completamente confundida acerca de lo que realmente es posible.

Los apetitos físicos, como la necesidad de comida, bebida, sexo, placer, descanso, etc., claramente parecen tener origen corporal, siendo corporal la experiencia y la expresión. Sin embargo, estas necesidades no tienen nada que ver con un cuerpo que no hace nada, no siente nada y no tiene apetito.

Las experiencias físicas se originan en la mente, y nunca han abandonado su fuente. El ego se satisface en la mente al hacernos cumplir con las necesidades del cuerpo, lo que simplemente refuerza la idea de que hay una entidad separada alojada en un cuerpo sin mente. Esta falta de la mente

asegura nuestras preocupaciones corpo-rales. El verdadero propósito no es satisfacer el cuerpo – ¿cómo no se puede satisfacer la nada? – sino mantener la mente oculta para cumplir con su estrategia de mantenernos sin mente. Como se mencionó anteriormente, esta estrategia impulsa el sistema de pensamiento del ego y es expresada a través del mundo corporal de nuestras relaciones especiales.

La Sección V, "La ilusión del ego-cuerpo", es la declaración más clara en

Un Curso de Milagros de las defensas del ego, las cuales nos hacen imposible cuestionar sus motivos. Como hemos visto, el ego proyecta su sistema de pensamiento de separación de la mente al cuerpo, y luego nos

hace olvidar lo que sucedió. En consecuencia, nunca podemos cuestionar el

hecho de que la defensa no funciona como se nos prometió. El propósito de

hacer el mundo físico era para aparentemente protegernos de la ira castigadora de Dios y de una muerte segura. El ego nos dijo que la existencia corporal nos protegería. Pero el cuerpo muere, y como no sabemos acerca de la mente, no tenemos ningún recurso contra el ego, no

hay forma de confrontarlo diciendo: "Pero tu dijiste ..." No sabemos lo que

lo dijo. El siguiente pasaje explica esto:

(V.4: 1-3) El cuerpo es el hogar que el ego ha elegido para sí. Ésta es la única identificación con la que se siente seguro, ya que la vulnerabilidad del cuerpo es su mejor argumento de que tú no puedes proceder de Dios. Ésta es la creencia que el ego apoya fervientemente. Aquí está la exposición de la ingeniosa maniobra del ego. Nos dice que somos criaturas de Dios, para citar la Biblia, Quien nos creó como cuerpos

a Su imagen y semejanza. Sin embargo, sufrimos la mortalidad del cuerpo.

El ego sostiene que, si Dios es eterno y morimos, no podemos proceder de

Dios. Esto a su vez significa que Dios no existe y que estamos por nuestra cuenta. Esto es típico del pensamiento deformado, aunque persuasivamente lógico del ego.

(V.4: 4-6) Sin embargo, odia al cuerpo porque no lo considera lo suficientemente bueno como para ser su hogar. En este punto es donde la mente queda definitivamente aturdida. Habiéndole dicho el ego que ella es realmente parte del cuerpo y que el cuerpo es su protector, también le dice que el cuerpo no puede protegerla.

Jesús habla de la parte tomadora de decisiones de la mente a la que le habla

el ego. El cuerpo no puede protegernos porque el cuerpo mismo es vulnerable. Se enferma y muere, lo que demuestra que el sistema de pensamiento de la mente errada de culpa y castigo está vivo y bien, aunque

oculto detrás del escudo del ego de un mundo sufriente repleto de cuerpos moribundos.

(V.4: 7-8) Por consiguiente, la mente inquiere: “¿Dónde puede encontrar protección?”, a lo que el ego responde: “En mí”. La mente, y no sin razón, le recuerda al ego que él mismo ha insistido que con lo que ella se tiene que identificar es con el cuerpo, de modo que no tiene

objeto recurrir a él para obtener protección.

En otras palabras, el ego ha mentado. En algún nivel, el Hijo lo sabe, pero

ha olvidado convenientemente el plan que eligió y con el que continúa identificándose, como ahora leemos:

(V.4: 9-11) El ego no dispone de una respuesta plausible para esto, puesto que no la hay, pero sí dispone de una solución típica: eliminar la pregunta de la conciencia. Una vez fuera de la conciencia la pregunta puede producir desasosiego, y de hecho lo produce, pero no puede ser contestada porque no puede ser planteada.

Este pasaje describe maravillosamente la duplicidad del ego al decirnos que

estaríamos protegidos por el cuerpo que nos mantendría a salvo.

Aceptamos

su palabra y luego olvidamos nuestro origen. Mientras sabemos que algo está mal con este sistema porque el mundo y el cuerpo continuamente nos fallan, somos ignorantes de cómo solucionarlos porque no conocemos su fuente, que el ego ha borrado de la conciencia. Como sabemos que las cosas aquí son terribles, pero no tenemos idea de por qué, inventamos teologías locas que hablan de la misteriosa Voluntad de Dios, sin reconocer que, si esta fuera realmente la Voluntad de Dios, nosotros no tendríamos nada que ver con Él. Como Jesús dice más tarde: "Si este fuese el mundo real, Dios sería ciertamente cruel" (T-13.in.3:1).

La situación en la que nos encontramos no tiene sentido, pero nuevamente, dado que nos hemos vuelto sin mente, no tenemos ningún recurso de ayuda. Tropezamos con la vida – año tras año, década tras década, siglo tras siglo – intentando desesperadamente hacer de este mundo un lugar mejor. Y fallamos miserablemente. Intentamos hacer que el cuerpo sea un hogar más confortable, pero estamos condenados al fracaso porque el pensamiento que subyace al mundo y al cuerpo nos traiciona continuamente con sus mentiras. La simple verdad es que la separación de Dios nunca ocurrió y, por lo tanto, nunca podrá darnos amor.

Un último pasaje desarrolla el propósito del ego aún más convincentemente: (V.6: 4-6) El ego transige con la cuestión de lo eterno, al igual que con todas las cuestiones que de algún modo tienen que ver con la verdadera pregunta, la cual espera encubrir y mantener fuera de la conciencia ocupándose de asuntos marginales. La tendencia típica del ego de estar

continuamente ocupado con nimiedades tiene como objeto apoyar ese propósito. Uno de los ardides favoritos para obstaculizar el aprendizaje es embarcarse en problemas diseñados de tal manera que su resolución sea imposible.

Desde el punto de vista de Un Curso de Milagros, toda actividad es noesencial. Sin embargo, incluso si observáramos objetivamente nuestra experiencia cotidiana, tendríamos que reconocer que muchas de las cosas que nos preocupan no son importantes. Necesitamos recordar que el aprendizaje ocurre solo en la mente, y mientras estemos ocupados con las cosas del cuerpo, nunca aprenderemos la lección sobre la capacidad de la mente para elegir de nuevo. La pregunta retórica sigue siendo: ¿por qué

estábamos tan locos como para elegir el ego en primer lugar? (V.6: 7-11) La pregunta que nunca formulan quienes se embarcan en tales maniobras dilatorias es: “¿Para qué?” Ésa es la pregunta que tú tienes que aprender a plantear en relación con todo. ¿Qué propósito tiene esto? Sea cual fuere, dirigirá tus esfuerzos automáticamente. Cuando tomas una decisión con respecto a un propósito, tomas una decisión con respecto a los esfuerzos que vas a llevar a cabo en el futuro. Y esta decisión permanecerá en vigor a menos que cambies de parecer.

Todo esto es fácilmente comprensible cuando miramos el cuadro (ver Apéndice). Nuestras mentes toma-doras de decisiones han elegido el ego.

Este es el problema, que el ego pasa hábilmente de la mente al cuerpo, creando un mundo de problemas – dolor y necesidad de placer – y soluciones mágicas para ellos (ver el cuadro inferior del gráfico del mundo). El propósito del mundo es que sea una cortina de humo, en la cual nosotros podemos ver a través de ella, cuando hacemos la pregunta ¿para qué es? Los intentos de responder esta pregunta no tienen sentido si aún no

sabemos que el problema está en la mente. Seguiremos convencidos de que

hay razones sólidas para hacer lo que hacemos: ganar dinero para mantenernos a nosotros mismos y a nuestras familias, cuidar el cuerpo,

prepararlo para la vejez y la jubilación, los funcionarios del gobierno haciendo lo que fueron elegidos para hacer, etc. En la loca arrogancia del

ego, creemos que sabemos por qué hacemos la guerra, hacemos la paz,

vamos a trabajar y criamos familias.

Un Curso de Milagros nos ayuda a comprender que no es por eso que hacemos cosas, porque todo aquí nos aleja de la elección de la mente por la

Expiación en lugar de la separación. La primera es la única opción que trae

la verdadera paz. La pregunta ¿para qué es? nunca será respondida satisfactoriamente si no nos damos cuenta de que el propósito del mundo es

mantener nuestra existencia en un estado perpetuo de inconsciencia. La

lección del libro de ejercicios "La enfermedad es una defensa contra la verdad" explica bien esta dinámica (L-pl.136): cuando la verdad alborea en

nuestras mentes, el ego se asusta y se defiende contra esta amenaza al

centrar la atención en el cuerpo sin mente, y la enfermedad es una forma de

lograr esto. Nuestras vidas aquí tienen este propósito específico de mantener ocupado el cuerpo - la "tendencia típica del ego de estar continuamente ocupado con nimiedades... [y] embarcarse en problemas

diseñados de tal manera que su resolución sea imposible... "

Recuerda nuevamente, que el progreso en el aprendizaje solo puede ocurrir

en la mente y que el propósito de cualquier cosa que nos saca de la mente es

hacernos incapaces de elegir de nuevo. No hay grados de dificultad en los

milagros porque, al exponer esta estrategia del ego, el milagro corrige el sistema de pensamiento del ego en su totalidad, independientemente de la naturaleza específica de nuestros problemas percibidos. En su curso, Jesús nos pide utilizar nuestras preocupaciones mundanas y corporales como aulas en las que aprender que nuestros problemas no son más que proyecciones del problema interno de la culpa que no queremos resolver.

En cambio, nosotros nos esforzamos por preservar nuestras identidades como seres individuales. Por lo tanto, necesitamos un maestro que exponga la mentira en nuestras preocupaciones – emocionales, físicas, sociales – y nos lleve a la verdadera corrección mental de la Expiación. Este maestro, por supuesto, es Jesús, el segundo tema importante de este capítulo.

Jesús

Como he dicho, en el Capítulo 5, el papel de Jesús comienza a ser tomado por el Espíritu Santo, en términos de función. Sin embargo, son lo mismo, ya que Ambos son nuestro Maestro interno. Cuando reconocemos que aquí algo está mal y que ninguna solución ofrecida por el ego ha funcionado, nos hacemos la pregunta que el ego nunca quisiese que nos preguntáramos:

"¿Habrà otra manera?" Este cuestionamiento marca el comienzo del final del ego. Para evitar esta inevitabilidad, estamos obligados a resolver problemas aquí, como acabamos de discutir, o cuando una solución no funciona, nos vemos obligados a buscar otra, y otra y otra. Como el libro de ejercicios dice, en el contexto de las relaciones especiales, "Siempre es posible encontrar otra" (L-pl.170.8:7) – si esta relación falla, siempre habrá

otra que funcionará. Naturalmente no lo hace, y así nos embarcamos en una "interminable e insatisfactoria cadena de relaciones especiales", como explica el texto más adelante (T-15.VII.4:6). En algún momento levantamos las manos desesperados y suplicamos por ayuda. Esto inicia el despidio del ego y la aceptación de Jesús como nuestro maestro. Él ha esperado por mucho tiempo esta invitación, y como nos preparamos para tomar la mano que siempre se ha extendido hasta la nuestra, él nos instruye en el viaje hacia el despertar en el que estamos a punto de embarcarnos, su suave corrección al viaje cargado de dolor de la crucifixión del ego: (In.3) El viaje a la cruz debería ser el último "viaje inútil". No sigas pensando en él, sino dalo por terminado. Si puedes aceptarlo como tu último viaje inútil, serás libre también de unirte a mi resurrección. Hasta que no lo hagas, estarás desperdiciando tu vida, ya que ésta simplemente seguirá siendo una repetición de la separación, de la pérdida de poder, de los esfuerzos fútiles que el ego lleva a cabo en busca de compensación y, finalmente, de la crucifixión del cuerpo o muerte. Estas repeticiones continuarán indefinidamente hasta que voluntariamente se abandonen. No cometas el patético error de "aferrarte a la vieja y rugosa cruz". El único mensaje de la crucifixión es que puedes superar la cruz. Hasta que no la superes eres libre de seguir crucificándote tan a menudo como quieras. Éste no es el evangelio que quise ofrecerte. Tenemos otro viaje que emprender, y si lees cuidadosamente las lecciones que aquí se ofrecen, éstas te ayudarán a prepararte para emprenderlo. Jesús no puede ayudarnos si nos negamos a unirnos a él, dejando de lado el sistema de pensamiento de crucifixión del ego, eligiendo en cambio su viaje de resurrección. Esta es la elección por la dicha y la libertad, ya que finalmente hemos elegido contra el sufrimiento y la muerte del ego. Nuestra elección se facilita al permitir que Jesús nos muestre el dolor inherente de

elegir al ego como nuestro maestro y la inutilidad absoluta de desear un camino que solo nos victimiza a nosotros mismos y a los demás. Esta es la definición del Curso sobre la crucifixión y la encarnación del sistema de pensamiento de inocencia del ego, perdida por el pecado y recuperada por el ataque. Jesús toma suavemente nuestra mano, como un hermano mayor

que guía a sus hermanos menores, y nos enseña la diferencia entre los niveles de mente y cuerpo, como leemos ahora:

(I.13: 2,4,6) Un padre puede dejar su hijo al cuidado de un hermano mayor que haya demostrado ser responsable, pero esto no entraña confusión alguna acerca de quién es el padre... Me puedes confiar tu cuerpo y tu ego debido únicamente a que te permite desentenderte de ellos y me deja mostrarte que no son importantes... Aprendamos juntos esta lección para que juntos podamos liberarnos de tu cuerpo y de tu ego.

Un componente central en este viaje es nuestro crecimiento para llegar a ser

como Jesús, porque ¿cómo podría nuestro amoroso hermano no tener como

objetivo para nosotros que aprendamos que una ilusión – el ego y el cuerpo

– no tiene ningún efecto en nuestra realidad como espíritu? Él hace todo lo

posible, como ya hemos visto, por enfatizar nuestra igualdad fundamental

como el Hijo de Dios. Él hace este punto nueva-mente aquí, proporcionando una explicación alternativa para un concepto Cristiano tradicional:

(IV.10: 1-3,8) El Primer Advenimiento de Cristo no es más que otro nombre para la creación, pues Cristo es el Hijo de Dios. El Segundo Advenimiento de Cristo no significa otra cosa que el fin del dominio del ego y la curación de la mente. Al igual que tú, fui creado en el Primero, y te he llamado para que te unas a mí en el Segundo... Tu ego está tratando de convencerte de que él es real y de que yo no lo soy, ya que,

si yo soy real, no puedo ser más real que tú.

Cuando aceptamos a Jesús como nuestro maestro, la anticipación del

Segundo Advenimiento se transforma del temor a una esperanza segura. En lugar de ser la expresión del castigo a Jesús por nuestros pecados, se convierte en la afirmación de nuestra igualdad eterna con él y con toda la Filiación, que nuestra creencia en la separación nunca pudo cambiar: un Dios, un Hijo, unidos para siempre en Su Voluntad unificada. Jesús luego describe cómo él nos ayudará a recordar que nuestro Ser es igual al suyo: (IV.11: 1-3,5,10,12) Yo no ataco a tu ego. Trato con tu mente superior – la morada del Espíritu Santo – tanto si estás dormido como si estás despierto, al igual como tu ego trata con tu mente inferior, que es su hogar. Me mantengo alerta por ti con respecto a esto porque tú estás tan confundido que te resulta imposible reconocer tu propia esperanza... Tu mente optará por unirse a la mía, y juntos somos invencibles... Te he llamado y tú responderás... El que yo te llame es tan natural como el que tú me respondas, e igualmente inevitable. La confianza de Jesús en nosotros nos ayuda a confiar en su gentil guía, y su amor es la luz que nos guía a través de la oscuridad del ego a nuestro hogar. ¿Cómo no podemos hacer el viaje con él cuando su amable enseñanza continuamente nos llama a ser de mentalidad-correcta (nuestra mente superior) y a compartir su evaluación de la mente-errada del ego (nuestra mente inferior)? La vigilancia de Jesús se vuelve la nuestra, mientras practicamos el mirar al ego – al nuestro y al de los demás – sin juicio. Nos enseña a elegir contra las pesadillas de separación y ataque del ego, decidiendo escuchar cada vez más su invitación a unirnos a sus felices sueños de perdón. Teoría de refuerzo La filosofía de enseñanza de Jesús es la de recompensas y castigos. Una importante escuela psicológica en el siglo XX fue el Conductismo, que

surgió a principios de la década de 1950, con B.F. Skinner como máximo exponente conocido. Una de sus conclusiones es que las personas aprenden mejor a través de recompensas y no siendo castigada. Esto se llama teoría de refuerzo, y Jesús claramente pertenece a esta escuela, como ahora vemos:

(VI.3: 1) Todavía tienes muy poca confianza en mí, pero ésta aumentará a medida que recurras más y más a mí – en vez de a tu a ego – en busca de consejo.

No confiamos en Jesús porque sabemos que si lo escuchamos perderemos nuestra inversión en ser un yo individual en el cual preferimos el especialismo a nuestra unidad inherente. Sin embargo, cuando experimentamos las recompensas de elegirlo como nuestro maestro en lugar del ego, esta elección por la mentalidad-correcta se refuerza y finalmente es inevitable:

(VI.3: 2-5) Los resultados te irán convenciendo cada vez más de que ésta es la única elección cuerda que puedes hacer. Nadie que aprenda por experiencia propia que cierta elección le brinda paz y alegría, mientras que otra le precipita al caos y al desastre tiene necesidad de más persuasión. Es más eficaz aprender a base de recompensas que a base de dolor porque el dolor es una ilusión del ego y no puede producir más que un efecto temporal. Las recompensas de Dios, en cambio, se reconocen inmediatamente como eternas.

Como subtema de su enseñanza, Jesús nos ayuda a darnos cuenta de que, al perdonar, un concepto que aún no está completamente introducido en el

texto, nos sentiremos mejor. Al aferrarnos a nuestros resentimientos y creer

que estamos justificados en ellos, sentiremos dolor. Jesús quiere que asociemos las alegres recompensas de elegirlo con el perdón, en oposición

al malestar de elegir el ego a través de una vida de juicios. Jesús apela a

nuestro egoísmo, diciéndonos que literalmente nos sentiremos mejor –

física y emocionalmente – si perdonamos y nos liberamos de nuestros juicios, en lugar de aferrarnos a ellos, insis-tiendo en que nuestros pensamientos de condena están justificados.

(VI.3: 6-8) Puesto que este reconocimiento lo haces tú y no el ego, el reconocimiento mismo establece que tú y el ego no podéis ser lo mismo.

Tal vez creas que ya has aceptado esto, pero aún no estás convencido de

ello en absoluto. Prueba de ello es el hecho de que crees que debes escaparte del ego. Sin embargo, no puedes escaparte de él humillándolo, controlándolo o castigándolo.

Este también es un motivo crucial en nuestra sinfonía. El reconocimiento de

que tenemos una opción entre el dolor del ego y la paz del Espíritu Santo, la

cual solo puede ocurrir cuando nos separamos del ego y restauramos a la

conciencia nuestra identidad como una mente tomadora de decisiones. Mientras creamos que debemos escapar del ego mismo, afirmamos su realidad, porque todavía no estamos convencidos de que sea una ilusión.

Esta sutileza ha pasado desapercibida por casi todas las religiones y espiritualidades, que enfatizan dejar el ego después de haberlo hecho real

etiquetándolo como el problema. Ya hemos visto que es la decisión de la

mente por el ego la que es el problema, no el ego mismo. Una ilusión nunca

puede ser un problema y no necesita ser superada o controlada, sino simplemente ser mirada y elegir en su contra.

(VI.5: 1-5) ¿Cómo puedes enseñarle a alguien el valor de algo que él mismo ha desechado deliberadamente? Tiene que haberlo desechado porque no le atribuyó ningún valor. Lo único que puedes hacer es mostrarle cuánta infelicidad le causa su ausencia e írselo acercando lentamente para que pueda ver como mengua su infortunio según se aproxima a ello. Esto le enseña a asociar su infelicidad con la ausencia de lo que desechó, y lo opuesto a la infelicidad con su presencia.

En Cristo compartimos el estado de ser que es no-específico y abstracto.

Desechamos eso porque nosotros valoramos nuestra existencia individual y especial. Jesús nos está ayudando a darnos cuenta de que nos sentiremos mejor al elegirlo a él como nuestro maestro y al renunciar a nuestra creencia en el especialismo. Nos sentimos miserables y sufrimos solo cuando nos aferramos a la creencia en intereses separados. En una escala mayor, el principio de intereses separados toma la forma de nacionalismo: mi país, para bien o mal. A nivel individual, esta es mi familia, para bien o mal, o yo mismo. Aprender que nuestra identificación con el sistema de pensamiento de especialismo da como resultado el dolor, requiere enseñanza continua, porque parte de nosotros no quiere aprender la simple lección y se resiste a ella. Jesús nos enseña pacientemente que practicar su principio de intereses compartidos nos traerá felicidad y paz, mientras que los intereses separados del ego nos harán miserables. (VI.5: 6-8) Te estoy enseñando a que asocies la infelicidad con el ego y la felicidad con el espíritu. Tú te has enseñado a ti mismo lo contrario. Sigues siendo libre de elegir, más a la vista de las recompensas de Dios, ¿puedes realmente desear las recompensas del ego? Tenemos que aprender que el ego no es una fuerza poderosa. Además, no nos hace felices. Una identidad separada que trae beneficios solo a expensas de alguien nunca puede hacernos felices y ser una fuente de paz. Nuevamente, aprender esto requiere un gran esfuerzo porque nos hemos identificado tan fuertemente con el yo especial, que esto inevitablemente nos lleva a percibir al mundo como nuestro enemigo. Este es el corazón de

la relación especial: la creencia de que otros están tratando de recuperar lo que secretamente creemos que les robamos a ellos, lo que requiere nuestra vigilancia constante. La paz, entonces, es imposible mientras atesoremos este yo. Necesitamos un maestro que nos muestre lo miserable que este sistema de pensamiento de especialismo nos hace sentir, cuán doloroso es pensar solo en nosotros mismos y cómo nos dañamos al condenar a otros. Debido a que el sistema de pensamiento del ego tiene que ser expuesto por la mentira que es, Jesús nos enseña a asociar el elegir su amor con la dicha, y el elegir la culpa del ego con el dolor. Mirar el ego. Un segundo aspecto de la enseñanza de Jesús encuentra su primera declaración importante en este capítulo, y es uno de los temas más importantes del texto: mirar el ego. Ya hemos considerado esto brevemente, y volveré a esto una y otra vez. Este tema también nos ayuda a comprender el significado de una relación con Jesús. Su propósito no es que él resuelva nuestros problemas en el mundo – simplemente nos muestra que esto no funciona – sino que nos ayuda a cambiar la identificación de la mente, reconociendo que elegir el ego es dolor, mientras que decidir por el Espíritu Santo es dicha. Este cambio se produce solo cuando podemos ver el propósito de la mente para elegir el ego, y el desafortunado resultado que surge al hacerlo. Cuando miramos el ego, el corazón del perdón nos permite comprender nuestro error y corregirlo. Comenzamos con quizás la pregunta más fundamental de todas, hecha por

Bill mientras Helen escribía el curso, "¿Cómo pudimos haber inventado el ego?". Esta es la respuesta de Jesús, incorporada en el texto: (II.1: 1-3) Es razonable preguntarse cómo pudo la mente haber inventado al ego. De hecho, ésta es la mejor pregunta que puedes hacerte. Sin embargo, no tiene objeto dar una respuesta en función del pasado porque el pasado no importa, y la historia no existiría si los mismos errores no siguiesen repitiéndose en el presente. La respuesta es eminentemente práctica. ¿Por qué preguntar cómo y por qué sucedió algo en el pasado cuando todavía lo elegimos en el presente? Por cierto, se da una respuesta quizás más satisfactoria en la clarificación de términos (C-in.4; C-2.2:5-3:4), donde Jesús explica que la pregunta es realmente una declaración disfrazada de interrogativa. En otras palabras, el interrogador realmente afirma que el ego es real, y ahora quiere una respuesta que respalde la premisa original. La verdadera respuesta viene del reconocimiento de que el ego es inherentemente irreal y, por lo tanto, sus orígenes no pueden explicarse. Como Jesús continúa enfatizando sobre nuestra elección presente por el ego y la evasión de la verdad, no debemos estar sorprendidos de que el ego sea un "hecho": (II.3: 1-5) Tu propio estado mental es un buen ejemplo de cómo fue inventado el ego. Cuando repudiaste el conocimiento fue como si jamás lo hubieses tenido. Esto es tan evidente que basta con que lo reconozcas para constatar que eso es lo que en realidad ocurre. Y si eso ocurre en el presente, ¿por qué habría de sorprenderte que hubiese ocurrido en el pasado? Asombrarnos ante lo inusual es una reacción comprensible, pero asombrarnos ante algo que ocurre con tanta frecuencia no lo es en absoluto.

Esta declaración refleja la visión no-lineal sobre el tiempo del Curso. El original – es decir, ontológico – abrazo al ego está vigente, y se ve en

nuestras elecciones diarias por el ego. Estas elecciones no son sino fragmentos sombríos de la elección que hicimos como un solo Hijo, y seguimos haciendo. Nuestro amor por el regalo del ego de una identidad

separada es lo que nos motiva a aferrarnos a lo que hicimos, como ahora

leemos:

(II.4: 1-3,5) Piensa en el amor que los animales sienten por sus crías y en la necesidad que sienten de protegerlas. Eso se debe a que las consideran parte de sí mismos. Nadie repudia lo que considera parte de sí mismo. ... Tus reacciones ante el yo que inventaste no son sorprendentes.

(III.4:5) Proyectas sobre el ego tu decisión de estar separado, y esto entra en conflicto con el amor que, por ser su hacedor, sientes por él. Como el ego proviene de nosotros, creado a imagen y semejanza de nuestra

separación, lo abrazamos en la medida en que nos abrazamos a nosotros

mismos; un "amor" que no cambiará hasta que cambiemos nuestra imagen o

lo que creemos que somos:

(II.4: 7-11) No es cuestión, por lo tanto, de cómo reaccionas ante el ego,

sino de lo que crees ser. Creer es una función del ego, y mientras tu origen siga sujeto a interpretaciones lo seguirás viendo desde el punto de vista del ego. Cuando el aprendizaje deje de ser necesario, simplemente conocerás a Dios. La creencia de que hay otra forma de percibir es la idea más sublime de que es capaz el pensa-miento del ego.

Ello se debe a que dicha idea reconoce, aunque sea mínimamente, que el ego no es el Ser.

Esto, nuevamente, es el quid de la cuestión. Como el ego es una creencia de

la mente tomadora de decisiones, no un hecho, nuestras respuestas son

irrelevantes. Como podemos ser inducidos por la "técnica" positiva de Jesús

de reforzar el rechazo del ego, nuestra identificación cambiará del ser de

mentalidad-errada del ego al ser de mentalidad-correcta de perdón y, en última instancia, al verdadero Ser de Cristo. Para decirlo de otra manera, nosotros reconoceremos que el ego es el sueño que elige el tomador de decisiones, y que podemos elegir uno más feliz. Así Jesús nos enseña: (I.4: 4) Tu sueñas con un ego separado y crees en el mundo que se basa en él.

En la tabla, el sueño de un ego separado se muestra en el cuadro de la mentalidad-errada, y el sueño proyectado por la mente da lugar al mundo de la forma. Creemos que el universo fenomenal es real solo porque

primero creímos que el sueño de separación de la mente es real.

(I.4: 5-6) Todo ello te parece muy real. No puedes deshacerlo sin cambiar de mentalidad al respecto.

La única forma en que podemos deshacer la creencia en la realidad del mundo es cambiar nuestras mentes. Sin embargo, ¿cómo puede esto hacerse

si no sabemos que tenemos una? La importancia de este tema en la enseñanza de Jesús es vista por su recurrencia continua. Fue el centro del

Capítulo 2, como recordará el lector.

(I.4: 7) Si estás dispuesto a renunciar al papel de guardián de tu sistema de pensamiento y ofrecer-melo a mí, yo lo corregiré con gran delicadeza y te conduciré de regreso a Dios.

Jesús nos pide que le permitamos mirar el ego con nosotros. Cuando protegemos y defendemos nuestro sistema de pensamiento de especialismo,

negamos su naturaleza ilusoria y por lo tanto decimos, en esencia, que no

existe un sistema de pensamiento en la mente. Ciertamente hay uno en el

mundo, pero no es nuestro, ya que nacemos con una pizarra en blanco, una

tabula rasa en la que el mundo escribe su sistema de pensamiento de separación e intereses separados. Esto es por qué creemos que hay un

mundo fuera de nosotros, en el que nacemos como criaturas inocentes e indefensas. Jesús nos está ayudando a darnos cuenta de que este sistema de pensamiento está en la mente, no en el mundo, y nos suplica elegirlo como nuestro maestro para corregir la antigua decisión por el ego:

(I.5) Todo buen maestro espera impartir a sus estudiantes tanto de lo que él mismo ha aprendido que algún día dejen de necesitarle. Éste es el verdadero y único objetivo del maestro. Es imposible convencer al ego de esto porque va en contra de todas sus leyes. Pero recuerda que las leyes se promulgan para proteger la continuidad del sistema en que cree el que las promulga. Es natural que el ego trate de protegerse a sí mismo una vez que lo inventaste, pero no es natural que desees obedecer sus leyes a menos que tú creas en ellas. El ego no puede tomar esta decisión debido a la naturaleza de su origen. Pero tú puedes tomarla debido a la naturaleza del tuyo.

Jesús nos advierte que no escuchemos al ego, ya que su dedicación a preservar su identidad individual, nos perjudica con cualquier consejo que nos dé. Cada vez que encontramos que nuestra guía interna se acentúa y que se preserva nuestra separación de los demás, podemos estar seguros de que la mente ha elegido al maestro equivocado. El ego no puede hacer otra cosa, pero nosotros podemos hacerlo porque el poder de decisión es nuestro.

A medida que aprendemos acerca del poder de la mente para elegir, y ser cada vez más de mentalidad-correcta, crecemos para ser más y más como Jesús hasta que su enseñanza ya no sea necesaria, ya que hemos aprendido sus lecciones totalmente. En ese instante santo final, que es el precursor del mundo real, nuestra experiencia de nosotros mismos y de Jesús como

entidades separadas desaparece, al recordar que Dios tiene un solo Hijo,
Cuyo nombre es Cristo. Para ayudarnos a alcanzar el recuerdo de ese glorioso estado, Jesús continúa su enseñanza, ayudándonos a mirar lo que nuestras mentes han elegido como sustituto del conocimiento perfecto de Dios:

(III.7: 1) Nunca se te ha ocurrido realmente renunciar a todas las ideas que jamás hayas tenido que se oponen al conocimiento.

Originalmente destinado a Helen, esta súplica es para que todos abandonemos todas las ideas y pensamientos del ego, no solo algunos.

(III.7: 2) Conservas miles de retazos de temor que le impiden la entrada al Santísimo.

El "Santísimo" es un término bíblico para Dios, y los "retazos de temor" son

los pensamientos fragmentarios de la mente que se proyectan en el mundo.

Estos incluyen los aspectos diferenciadores de separación, especialismo y

sufrimiento – nuestros pensamientos de victimización – que nos impiden

recordar a nuestro Creador y Fuente.

(III.7: 3) La luz no puede filtrarse a través de los muros que levantas para obstruir su paso, y nunca estará dispuesta a destruir lo que tú has hecho.

Ten en cuenta que la luz no lucha contra el ego, un tema importante que

refleja los repetidos impulsos de Jesús de que no hagamos real el error del

ego oponiéndonos a él. La verdad y la Expiación no hacen nada en la ilusión, y Jesús y el Espíritu Santo no derriban los muros del ego. Sin embargo, ya que nosotros los erigimos y los sostenemos, Ellos nos ayudan a

elegir suavemente contra ellos; como nosotros pusimos los muros allí, sólo

nosotros podemos eliminarlos. Si la luz derribara nuestras defensas, les daría una realidad que no tienen, convirtiendo la luz en algo tan demente

como nosotros al creer en lo que no está allí. Esto es lo que Jesús quiso

decir en el Capítulo 2 al decir que no alteraría la ley de causa y efecto (T2.VII.1), siendo el efecto nuestros problemas percibidos, y la causa es la

decisión equivocada de la mente de unirse al ego.

(III.7: 4-5) Nadie puede ver a través de un muro, pero yo puedo trasponerlo. Mantente alerta contra los retazos de miedo que aún conservas en tu mente, o, de lo contrario, no podrás pedirme que lo trasponga.

Una vez más vemos el tema de mirar la mente. Recordemos las primeras

lecciones del libro de ejercicios de que enfatices en la "búsqueda mental"

que es esencial para la práctica de su programa de entrenamiento de un año.

Nosotros primero prestamos atención a lo que pensamos que son los pensamientos en el cerebro, solo para darnos cuenta de que estos reflejan la

decisión de la mente entre los dos únicos pensamientos posibles: separación

y Expiación. Cada uno da lugar a miles y miles de otros pensamientos, ninguno de los cuales deja su fuente en la mente correcta o en la errada.

Jesús nos pide que observemos estos retazos de temor. Solo no puede ayudarnos, pero juntos, como él dice más tarde, disponemos la lámpara que

lo desva-necerá (T-11.V.1:3).

(III.7: 6) Sólo puedo ayudarte tal como nuestro Padre nos creó.

Sin embargo, Jesús nos ayuda no solo en el estado de amor puro que no se

opone ni lucha contra las ilusiones, ya que él ve todo conflicto como una

ilusión, sino también en los reflejos de mentalidad-correcta de este amor.

Estos provienen de nuestras decisiones de perdonar, los medios para despertar de los sueños de especialismo del ego a nuestra realidad como

Hijo de Dios tal como Él nos creó.

(III.7: 7) Te amaré, te honraré y respetaré absolutamente lo que has hecho, pero no lo apoyaré a menos que sea verdad.

Debido a que nuestras mentes fabricaron este mundo loco, vicioso y

asesino, Jesús honrará su poder, pero él no apoyará una decisión cuando no sea verdad. Al pedirle que entre al mundo y resuelva problemas aquí, solo le pedimos que mantenga la ilusión en marcha, lo cual no puede hacer. Solo el Jesús del ego, el que el mundo ama, sería tan loco. Las muchas religiones hechas en su nombre adoran a quien hace cosas aquí, y de ese modo defiende la realidad del mundo y, lo más importante, defiende la realidad del pecado. No hace falta decir que las religiones Cristianas colapsarían sin el concepto de que el pecado es real, un "hecho" que requiere intervención divina.

El Jesús de Un Curso de Milagros, sin embargo, enseña que, si no respetase el poder de nuestra mente para elegir el pecado, él estaría en contra de que hagamos otra elección. Aunque respeta el poder de la mente, no apoyará su creencia en la ilusión del pecado. Su amor simplemente brilla suavemente en el pensamiento tenebroso de la mente sobre la separación – la ausencia de luz – y cuando elegimos mirarlo con él, se disuelve automáticamente en su propia nada. Cuando la creencia en el pecado desaparece, nuestros problemas percibidos también desaparecen. Su existencia se basó únicamente en nuestra creencia, y nosotros creíamos en ellas porque reprimimos el hecho de que nuestras mentes los habían hecho reales en primer lugar.

(III.7: 8-10) Nunca te abandonaré tal como Dios nunca te abandonará. Pero tengo que esperar mientras tú continúes eligiendo abandonarte a ti mismo. Debido a que espero con amor y no con impaciencia, es indudable que me pedirás con sinceridad que lo trasponga. Vendré en respuesta a toda llamada inequívoca.

Jesús no "vendrá" si el llamado no es inequívoco, es decir, claro y sin

ambigüedad. No hace falta decir en este punto que Jesús no viene realmente a nosotros; nosotros vamos a él. Él no ha ido a ninguna parte, sino que nosotros lo abandonamos, y en verdad necesitamos volver a él. El llamado del ego a Jesús es una bolsa mixta, y también es el por qué el mundo conoce a Jesús como una bolsa mixta: santo, puro y amable; pero también demente porque él ve un mundo inexistente, el hogar del pecado corporal. Además, el Jesús del ego ve sufrimiento y sacrificio como parte del plan de Dios. Este salvador multivalente existe porque no le pedimos con una llamada inequívoca, sino con una ambivalente, lo que significa que queremos su ayuda en nuestros términos. Para repetir, queremos que Jesús mantenga intacta nuestra identidad, pero que la haga más feliz y con menos sufrimiento y dolor. Además, incluso si el mundo viera a Jesús amando sin prejuicios a todas las personas, él todavía los amaría como individuos. En resumen, el Jesús del Cristianismo es muy diferente al representado en Un Curso de Milagros porque al hacer que el error sea real, también hace realidad nuestro ser especial. Parafraseando la declaración anterior de Jesús, el ego no solo hace que respete lo que hicimos, sino que también lo defiende como verdad. Jesús repite este punto importante: (III.8: 1) Examina detenidamente qué es lo que realmente estás pidiendo. ¿Estamos pidiendo el castigo del ego, pensando que es la recompensa por la separación, o estamos pidiendo por la recompensa del perdón del Espíritu Santo, que hasta ahora creíamos que era un castigo? Vigila con mucho cuidado, Jesús nos implora: (III.8: 2) Sé muy honesto contigo mismo al respecto, pues no debemos

ocultarnos nada el uno al otro.

Jesús no nos oculta nada, por supuesto, pero tratamos de ocultarle la agenda

secreta del ego, nuestro deseo de mantener nuestro yo separado intacto.

Queremos que un Dios o salvador nos ayude a cumplir nuestro deseo, que

es por eso que Jesús pide que no le ocultemos ese pensamiento. Él quiere

ayudarnos a entender que sostenerlo es un castigo, no una recompensa -

dolorosa, no alegre - porque comete el error de hacer la separación y la

individualidad reales. Entonces se hace imposible evitar creer que otros son

el enemigo, que es la razón por la cual percibimos que otros están en contra

de nosotros. Por ejemplo, los países nunca son más felices que cuando claramente identifican al enemigo que hace el mal y buscan destruirlo.

Dado que siempre hay tales límites entre nosotros, y los límites nacionales

comienzan con el límite individual que proporciona el cuerpo, Jesús nos implora: "Ayúdame a ayudarte a ver esto para que puedas entender lo que tu

mente está eligiendo".

(III.8: 3-5) Si realmente tratas de hacer esto, habrás dado el primer paso en el proceso de preparar tu mente a fin de que el Santísimo pueda entrar en ella. Nos prepararemos para ello juntos, pues una vez que Él haya llegado, estarás listo para ayudarme a preparar otras mentes a que estén listas para Él. ¿Hasta cuando vas a seguir negándole

Su Reino?

Le negaremos Su Reino mientras creamos que es en nuestro propio interés

hacerlo, negándole a Dios Su Hijo, lo que a su vez significa negar nuestro

legítimo lugar en el Cielo como Su Hijo. Es esencial reconocer que esta es

nuestra agenda oculta, nuestro deseo secreto o "pecado secreto" (T31.VIII.9:2) para continua-mente separarnos de Dios y destruir Su Amor, preservando así nuestra existencia individual. Nuestros juicios sobre otros nos impiden recordar nuestra función de perdón, el medio para "preparar otras mentes a que estén listas para Él". Jesús vuelve a su punto sobre la honestidad:

(IV.2: 4) Examina honestamente qué es lo que has pensado que Dios no habría pensado, y que no has pensado que Dios habría querido que pensases.

Necesitamos mirar abierta y honestamente que hemos pensado en la separación, que Dios no habría pensado, y no hemos pensado en la Expiación, que Dios habría querido que pensásemos.

(IV.2: 5-6) Examina honestamente tanto lo que has hecho como lo que has dejado de hacer, y cambia entonces de mentalidad para que así puedas pensar con la Mente de Dios. Esto puede parecer difícil, pero es mucho más fácil que intentar pensar al revés de cómo piensa Él. Esta es una de las recompensas de las que habla Jesús. Si lo elegimos, la

vida se vuelve más fácil porque ya no tenemos que luchar contra la verdad,

defendernos de la Expiación y protegernos de la culpa por fabricar un mundo que es lo opuesto al Cielo. Jesús dice que necesitamos buscar honestamente en nuestras mentes y mirar lo que hemos hecho. Solo entonces veremos cómo hemos proyectado y distorsionado no solo nuestra

propia imagen, sino la imagen de quienes nos rodean, viéndolos como enemigos en lugar de como amigos. De nuevo, una vez que nos hemos percibido como individuos autónomos, no podemos evitar ver a los demás

como tratando de robar el especialismo que creemos que es nuestro, el cual

secretamente creemos que robamos de nuestro Creador y, por lo tanto, de ellos.

(IV.6: 1) Vigila tu mente contra las tentaciones del ego, y no te dejes

engañar por él.

Las tentaciones del ego son las tentaciones de creer que el ego tiene razón y que el Espíritu Santo está equivocado, que el especialismo y el ataque nos harán felices, y el perdón y la unión infelices. Esta es la locura

necesitamos mirar. Observa cómo este importante tema está firmemente

establecido en los primeros movimientos de nuestra sinfonía.

El perdón.

El perdón puede equipararse con la mentalidad-correcta, un término incómodo que, sin embargo, deriva de la palabra mente, el núcleo del proceso de curación del Hijo de Dios: devolvemos la atención a la mente

para que podamos elegir correctamente – el perdón sobre el ataque, el milagro sobre el juicio, Jesús sobre el ego.

(II.10) La salvación no es otra cosa que “mentalidad-recta”, que aunque no es la Mentalidad-Uno del Espíritu Santo, se debe alcanzar antes de que la Mentalidad-Uno pueda ser reinstaurada. La mentalidad recta conduce automáticamente al siguiente paso, ya que la percepción

correcta está completamente exenta de cualquier forma de ataque, y, por lo tanto, la mentalidad errada desaparece. El ego no puede sobrevivir sin hacer juicios, y, por consiguiente, se le abandona. La mente tiene entonces una sola dirección por la que avanzar. La dirección que sigue es siempre automática, pues no puede sino acatar los dictados del sistema de pensamiento al que se adhiere.

El ego resiste tenazmente nuestro regreso a la mente, porque sabe que una

vez allí, corregiríamos automáticamente nuestra elección equivocada y decidiríamos que la visión es preferible al juicio y la paz más atractiva que

el conflicto. De esta manera, nuestra percepción defectuosa se desvanece en

la percepción verdadera (o correcta) del Espíritu Santo, la que será reemplazada por la Mentalidad-Uno del conocimiento, como estamos ahora

recordando:

(II.11: 1-4) No se puede hacer demasiado hincapié en el hecho de que corregir la percepción es simplemente un expediente temporal. Dicha corrección es necesaria únicamente porque la percepción falsa es un

obstáculo para el conocimiento, mientras que la percepción fidedigna es

un trampolín hacia él. El valor de la percepción correcta reside en la conclusión inevitable de que toda percepción es innecesaria. Esto elimina el obstáculo por completo.

Hermosas palabras, pero los egos en nosotros no pueden evitar preguntarse

si este es un objetivo realista. ¿Qué más podría concluir un ego, dada su

inteligencia para ocultarnos que somos mentes: mentalidad-errada, mentalidad-correcta, y un tomador de decisiones con el poder para elegir

entre las dos? Jesús suavemente nos lleva al reconocimiento de que somos

esta mente tomadora de decisiones que puede decidir en contra de las percepciones erróneas del ego y por su percepción correcta:

(II.11: 5-8) Te preguntarás cómo puede ser posible esto mientras parezca que vives en este mundo. Ésa es una pregunta razonable. No obstante, tienes que asegurarte de que realmente la entiendes. ¿Quién es el "tú" que vive en este mundo?

Por implicación clara, el "tú" es el tomador de decisiones, nuestra identidad

dentro de la ilusión. Si fuésemos el ego, de hecho, no habría esperanza. El

propósito de Un Curso de Milagros es instruirnos primero de que tenemos

una mente, y, en segundo lugar, que esta mente tiene el poder de decidir.

Somos guiados por nuestro hermano mayor Jesús para recuperar la conciencia de este poder, que nos eleva fuera del mundo de los cuerpos y

restaura el control de nuestro destino a la mente que puede elegir recordar

nuestro verdadero "Tú".

A través de esta conciencia de la mente tomadora de decisiones, se logra el

propósito del perdón, al cual ahora volvemos. El perdón aún no ha surgido

como una enseñanza central, pero escuchamos ecos de su tema en los

siguientes dos pasajes. En el primero, Jesús nos instruye que, si realmente queremos unirnos a él, nosotros debemos unirnos a nuestros hermanos. Esto solo se ha insinuado antes, pero ahora lo encontramos más explícitamente escrito. A medida que avanzamos en los movimientos posteriores de nuestra sinfonía, encontraremos este tema cada vez más prominente. La semilla que Jesús está plantando ahora es que, si somos sinceros acerca de nuestro deseo de volver a casa y recordar quiénes somos como el Hijo de Dios, debemos elegirlo como nuestro maestro e incluir a todas las personas en nuestra decisión de perdonar:

(VI.2: 1-5) En el proceso de aprender a escapar de las ilusiones, es imprescindible que nunca te olvides de la deuda que tienes con tu hermano. Es la misma deuda que tienes conmigo. Cuando actúas egoístamente con otro, repudias la gracia que esta deuda te ofrece y la percepción santa que produciría. La palabra "santa" puede usarse aquí porque a medida que aprendes cuán endeudado estás con toda la Filiación, la cual me incluye a mí, te aproximas tanto al conocimiento como la percepción lo permite. La brecha que entonces queda es tan diminuta que el conocimiento puede salvarla y eliminarla para siempre.

Jesús enfatiza la unidad de la Filiación. A pesar de que no ha discutido la proyección en profundidad, se insinúa aquí. Proyectamos nuestro sistema de pensamiento de separación y culpa y luego lo vemos en otros. En consecuencia, en lugar de estar agradecidos por nuestros hermanos, que ejemplifican la unidad de la Filiación, los vemos como enemigos. Jesús nos está enseñando a pasar de la ingratitud a la gratitud, de la ira a la gracia, que reflejan la verdadera percepción del perdón que finalmente se desvanece en el conocimiento.

El siguiente pasaje continúa esta idea al hablar de "la diminuta brecha" de la

separación:

(VI.7: 1-3) Iré al Santísimo, y mediante mi percepción Él podrá salvar la diminuta brecha. Tu gratitud hacia tu hermano es la única ofrenda que quiero. Yo se la llevaré a Dios por ti, sabiendo que conocer a tu hermano es conocer a Dios.

Mientras que el Cristianismo tradicional ha enfatizado la relación de uno

con Dios y Jesús, y también el perdón predicado, las relaciones de curación

aquí generalmente no se presentan como un requisito previo para la curación de nuestra relación con lo Divino. En otras palabras, es como si

pudiéramos tener revelaciones y experiencias místicas de Dios o de Jesús,

y no importa lo que hagamos con nadie más. Por otra parte, Un Curso de

Milagros está diciendo – y, nuevamente, en estos primeros capítulos, Jesús

sienta las bases para el desarrollo posterior de este importante tema – que la

manera en que percibimos a los demás es vital para nuestro desarrollo espiritual. Como esto demuestra cómo nos percibimos a nosotros mismos,

al provenir de la decisión mental por el ego o el Espíritu Santo, el regalo

que Jesús quiere es nuestra gratitud mutua: "Yo se la llevaré a Dios por ti,

sabiendo que conocer a tu hermano es conocer a Dios".

(VI.7: 4-5) Si le estás agradecido a tu hermano, le estás agradecido a Dios por lo que Él creó. Mediante tu gratitud podrás llegar a conocer a tu hermano, y un momento de verdadero reconoci-miento convierte a todo el mundo en tu hermano porque cada uno de ellos es Hijo de tu Padre.

Esto se debe a que todos somos parte de la única Filiación. Si bien la conexión no se explica aquí, es la premisa subyacente de estas declaraciones. Excluir a una persona de la Filiación es excluir a todos. Cuando realmente vemos los intereses de otros como iguales a los nuestros,

esa persona ya no se percibe como separada de nosotros. Cualquier

diferencia que exista entre nosotros se percibe como mínima y superficial, ya que existe solo en el nivel de la forma. En el nivel de contenido, sin embargo, no hay diferencias. Cuando nuestros pensamientos son congruentes con la viviente y amorosa Unidad de Dios, nos sentimos más ligeros, porque dejamos ir una pesada carga de culpa que estaba sobre nuestros hombros. Sin embargo, si continuamos albergando pensamientos de ataque y buscamos justificarlos, la culpa de la mente permanecerá y el sufrimiento será inevitable. Jesús nos está enseñando a asociar la alegría con la unión de intereses y a aceptar nuestra igualdad inherente en el sueño, en contraste con el dolor que proviene de ver los intereses de los demás como diferentes de los nuestros.

(VI.8: 1) A medida que te acercas a un hermano te acercas a mí, y a medida que te alejas de él, la distancia entre tú y yo aumenta. Este pasaje se basa en la declaración bíblica: "Les aseguro que todo lo que no hicieron por el más pequeño de mis hermanos, tampoco lo hicieron por mí" (Mateo 25:45). Jesús explica aquí que no podemos desarrollar una relación cerrada con él si albergamos juicios. El miedo a aceptarlo como nuestro maestro nos impulsa a retener estos pensamientos de ataque. Si seguimos encontrando fallas en las personas, viéndolas como enemigos o como parejas de amor especial que necesitamos para satisfacer nuestras demandas, mantenemos la ilusión de la individualidad. Esto significa que nosotros hemos elegido al ego como nuestro maestro en lugar de Jesús. Lo rechazamos porque no queremos aprender sus lecciones de todoinclusividad e integridad, ya que nuestro ego especial dejaría de existir.

(VI.8: 2) La salvación es una empresa de colaboración. Volveremos a este pensamiento, la misma melodía tocada con diferentes instrumentos. Este es el principio crucial de que no podemos regresar al Cielo a menos que, en nuestras mentes, traigamos a todos con nosotros.

(VI.8: 3) No la pueden emprender con éxito aquellos que se desvinculan de la Filiación porque al hacer eso se desvinculan de mí. Si, por ejemplo, los líderes mundiales entendieran esto, la guerra sería impensable. Es una locura pensar que puede encontrar la paz destruyendo a alguien más. Dentro de ese marco de uno u otro, la fragmentada Filiación se divide en buena y mala, y creemos que, si derrotamos a los malvados, el bien prevalecerá. Sin embargo, esto nunca puede ser cierto porque hemos destruido el verdadero bien, que es la unidad de la Filiación, y la culpa por nuestro pecado exigiría que otros nos castiguen. Tratamos de robarnos el uno del otro el especialismo "glorioso" que creemos nos haría sentarnos a la diestra de Dios, donde los buenos residen (y, por supuesto, todos creemos que somos buenos). Sin embargo, nuestro maestro nos dice que a medida que nos separamos de la Filiación – es decir, de la unidad de la Filiación – nunca podremos encontrarla, y ciertamente nunca recordaremos a Dios.

(VI.8: 4-6) Dios acudirá a ti sólo en la medida en que se Lo ofrezcas a tus hermanos. Aprende primero de ellos, y estarás listo para oír a Dios. Eso se debe a que el Amor sólo tiene una función. En esta etapa de nuestro viaje sinfónico, es difícil entender la importancia real de esta enseñanza, pero Jesús está sembrando las semillas para lo que

luego se explicará con mayor profundidad. Él está enseñán-donos que no podemos deshacer nuestra creencia en la culpa y regresar al Cielo si excluimos a alguien, porque la función del amor es ser uno. Todos debemos estar incluidos en nuestro perdón, porque somos parte de la misma Filiación. Mientras que otras espiritualidades también pueden enseñar la Unidad inherente de la creación de Dios, Un Curso de Milagros es único en destacar la importancia de comprender que nunca volveremos al Amor de Dios si excluimos a alguien.

Jesús también nos ayuda a entender que estamos empeñados – ¡literalmente! – en excluir a otros porque eso cumple el propósito de mantener alejado el recuerdo de la Unidad de Dios, borrando el principio de Expiación para preservar la idea de que la separación es real. Este pensamiento comienza con la idea de que hay un ser que está separado y es distinto del Ser de Dios y de Cristo, un pensamiento que encuentra expresión en el mundo donde el bien y el mal están separados – las ovejas y las cabras bíblicas, las buenas a quienes Dios ama y las malas a las que Él no ama. Mientras conservemos esta percepción de intereses separados, aseguramos la supervivencia del ego – nuestro deseo secreto – y también que nunca aprende-remos las lecciones de Jesús, y por supuesto, que nunca las enseñaremos, el tema de la sección final de este capítulo.

Enseñando y aprendiendo

Este es el aspecto final de nuestra discusión actual de Jesús como nuestro maestro. El Capítulo 4 comienza con una sección sobre enseñanza y aprendizaje, uno de los temas clave en Un Curso de Milagros, aunque no entra en su plena medida hasta el manual para el maestro. Sin embargo, el

tema sobre enseñanza y aprendizaje es el mismo que se escucha a lo largo del Curso. Esto es paralelo al tema de que dar y recibir son lo mismo – recibimos lo que damos y damos lo que recibimos; si experimentamos amor, lo extendemos y así lo recibimos; si experimentamos culpa, ataque y castigo, los proyectamos y así también los recibimos. Si queremos aprender el perdón, entonces debemos enseñarlo; del mismo modo, si elegimos aprender separación y especialismo, también los enseñaremos. Al enseñar aprenderemos, y nosotros aprenderemos lo que enseñamos. Enseñar y aprender, una vez más, son uno y lo mismo:

(I.1: 1-3) Un buen maestro clarifica sus propias ideas y las refuerza al enseñarlas. En el proceso de aprendizaje tanto el maestro como el alumno están a la par. Ambos se encuentran en el mismo nivel de aprendizaje, y a menos que compartan sus lecciones les faltará convicción.

Jesús extiende este principio para incluir la mentalidad-correcta del maestro, siendo él nuestro verdadero modelo de lo que significa compartir lo que creemos que somos. A medida que nos volvemos cada vez más de mentalidad-correcta, es el perdón de Jesús lo que enseñamos con el ejemplo. Al hacerlo, fortalecemos nuestra decisión por su cordura.

(I.1: 4) Un buen maestro debe tener fe en las ideas que enseña, pero tiene que satisfacer además otra condición: debe tener fe en los estudiantes a quienes ofrece sus ideas.

Para que esta actitud se desarrolle debemos cambiar de nuestras mentes, pero el cambio es el concepto más aterrador de todos porque nos recuerda el cambio original de la Unidad de Dios a la separación del ego. Este miedo es la fuente principal de nuestra resistencia al verdadero aprendizaje, y lo que Jesús debe ayudarnos a deshacer si queremos aprender su curso. Nunca debemos subestimar la intensidad de esta resistencia, especialmente en su

forma de juzgar a los demás, porque el juicio es una de las mayores defensas del ego y nos ayuda a mantenernos tenazmente en nuestros viejos

patrones de pensamiento – separación y ataque – que nunca querremos

cambiar, como leemos ahora:

(I.2: 1-5) Muchos montan guardia en torno a sus ideas porque quieren conservar sus sistemas de pensamiento intactos, y aprender significa cambiar. Los que creen estar separados siempre temen cambiar porque

no pueden concebir que los cambios sean un paso hacia adelante en el proceso de subsanar la separación. Siempre los perciben como un paso hacia una mayor separación, debido a que la separación fue su primera

experiencia de cambio. Crees que si no permites ningún cambio en tu ego alcanzarás la paz. Esta marcada confusión sólo puede tener lugar si

sostienes que un mismo sistema de pensamiento puede erigirse sobre dos cimientos distintos.

Esta última declaración refleja nuestra mente dividida: el sistema de pensamiento de cambio del ego dissociado del sistema de pensamiento del

Espíritu Santo de Inmutabilidad. Como hemos discutido, nuestro yo tomador de decisiones eligió identificarse con el ego, y nunca querrá cambiar su decisión, para no desaparecer nuevamente en el Corazón de la

Unidad de Dios, en donde nunca se podrán tomar decisiones.

Necesitamos

que Jesús nos enseñe que la posición demente del ego conduce al dolor y la

miseria, mientras que aprender de la luz nos devuelve a la alegría de la

creación. Jesús nos enseña ahora todo lo que sabe, tal como nosotros lo

haremos algún día cuando aprendamos las lecciones de perdón que reflejan

la radiante luz del amor del espíritu, nuestro verdadero Ser tal como Dios lo

creó:

(I.3: 6) Cuando te recuerdo tu verdadera creación, tu ego no puede por

menos que reaccionar con miedo.

Es nuestra locura lo que asocia a Jesús con el miedo, y necesitamos cambiar

la identificación con el ego – el hogar del miedo – a nuestro ser tomador de

decisiones que elige el ego. Aprendemos así que nuestro verdadero hogar es

el espíritu, la creación de Dios, a la cual nuestro perdón nos lleva felizmente.

(I.4) Aprender y enseñar son los mayores recursos de que dispones ahora porque te permiten cambiar de mentalidad y ayudar a otros a hacer lo mismo. Negarte a cambiar de mentalidad no conseguiría probar que la separación no ocurrió. El soñador que duda de la realidad de su sueño mientras todavía está soñando no está realmente sanando su mente dividida. Tú sueñas con un ego separado y crees en el

mundo que se basa en él. Todo ello te parece muy real. No puedes deshacerlo sin cambiar de mentalidad al respecto. Si estás dispuesto a renunciar al papel de guardián de tu sistema de pensamiento y ofrecérmelo a mí, yo lo corregiré con gran delicadeza y te conduciré de regreso a Dios.

Jesús es nuestro maestro, quien gentilmente nos recuerda nuestra necesidad

de aprender. Cambiar nuestras mentes se convierte en la única esperanza,

porque dentro del poder de la mente para elegir está nuestra salvación.

Permanecer dormidos, inconscientes del sueño de la separación, simplemente refuerza nuestro miedo e infelicidad. Sin embargo, permitir

que Jesús nos enseñe que tenemos una mente que puede cambiar es lo más

santo que podemos hacer mientras aún dormimos. Así es cómo nos convertimos en estudiantes felices, una frase a la que volveremos en un

capítulo posterior.

En Un Curso de Milagros, la enseñanza y el aprendizaje no tienen nada que

ver con la forma, sino solo con el contenido. Nosotros leemos en las

primeras páginas del manual que todo el mundo enseña y enseña todo el tiempo (M-in.1:5-6). Nosotros enseñamos lo que creemos que es la verdad del sistema del ego – separación, especialismo y uno u otro – o el principio de Expiación del Espíritu Santo de que la separación de Dios nunca sucedió. Dado que la salvación debe ser una "empresa de colaboración", la Expiación es el lugar de nacimiento de la experiencia del reflejo del amor en este mundo. Tú y yo no estamos separados, porque somos parte de la única Filiación; tú no eres ni mi enemigo ni mi salvador, sino mi compañero en aprender el perdón que nos hará libres a ambos. Jesús necesita que aprendamos esta feliz lección, para que pueda enseñarla a través de nosotros:

(I.13: 7) Necesito maestros dedicados que compartan mi objetivo de sanar la mente.

Primero debemos ser conscientes de que hay una mente; y si eso es lo que deseamos aprender, eso es lo que enseñaremos. Cada vez que culpamos a otro, enseñamos que no hay una mente, solo el cuerpo. El cuerpo malvado de otro ha hecho algo terrible a nuestro cuerpo inocente, que es lo que decimos cada vez que nos enojamos, criticamos o juzgamos de cualquier manera. Entonces enseñamos que el pecado de nuestra existencia individual y corporal descansa en cualquiera a quien juzguemos como pecaminoso. Y entonces Jesús dice que necesita maestros que compartan la misma lección que él enseña. Esta enseñanza es un buen ejemplo. No enseñamos su curso dando conferencias o escribiendo un libro, sino demostrándolo. Este tema crucial surgirá una y otra vez en el curso de nuestro viaje sinfónico.

Además, si no aprendemos las lecciones de Jesús, no tendremos a nadie a quien culpar, excepto a nosotros mismos. Es solo nuestro miedo a la lección lo que nos lleva a la decisión de no escuchar, la forma desadaptativa del ego de preservarse:

(IV.1) Si no puedes oír la Voz de Dios, es porque estás eligiendo no escucharla. Pero que sí escuchas a la voz de tu ego lo demuestran tus actitudes, tus sentimientos y tu comportamiento. No obstante, eso es lo

que quieres. Eso es por lo que luchas y lo que procuras proteger manteniéndote alerta. Tu mente está repleta de estratagemas para hacer quedar bien al ego, pero no buscas la faz de Cristo. El espejo en el que el ego trata de ver su rostro es ciertamente tenebroso. ¿De qué otra manera, sino con espejos, podría seguir manteniendo la falsedad de su existencia? Con todo, dónde buscas para encontrarte a ti mismo depende de ti.

La responsabilidad siempre vuelve a nosotros, ya que es nuestra decisión la

que nos hace permanecer dormidos y en el sueño de separación, pérdida y

muerte. Jesús continuamente apela al poder de la mente para elegir de nuevo, para ver el rostro translúcido de la inocencia de Cristo, el símbolo

del perdón del Curso, en lugar del rostro tenebroso de culpa del ego. Encontrar la mente tomadora de decisiones a través del perdón es nuestro

único propósito y función para estar aquí:

(VI.6: 2-3) Tu misión es muy simple. Se te pide que vivas de tal forma que demuestre que no eres un ego...

¿Qué podría ser más simple? Una vez más, no se nos pide que enseñemos

este curso a nivel de la forma, ni tampoco que hagamos cosas maravillosas

como instrumentos para la paz mundial. Para estar seguros, nuestros cuerpos pueden hacer cosas aquí, pero todo lo que hagan debe provenir del

tranquilo centro de paz de la mente. Todo lo que Jesús nos pide es que nosotros demostremos que no somos un ego, un individuo separado y

culpable que está enojado, temeroso, ansioso, y deprimido, que se enferma y muere. Un no-ego, por otro lado, está lleno de la paz de Dios y nada más.

Se nos pide que vivamos en un estado de paz, sabiendo que esta paz abraza

y se extiende hacia todas las personas, todo el tiempo, sin excepción. En la medida en que somos verdaderamente pacíficos, lo que significa que

no vemos el interés de otro como separado del nuestro, demostramos que

Un Curso de Milagros es cierto: la mente tiene otra opción que puede elegir.

La paz que manifestamos es una expresión de la decisión por la mentalidad correcta que recuerda a los demás que tienen la oportunidad de hacer lo

mismo. Cada vez que vemos intereses separados – cuando atacamos, defendemos, o juzgamos – enseñamos que el ego es la elección correcta,

reforzando así la misma elección equivocada en otros.

Finalmente, ¿qué es lo que nos motiva a elegir correctamente?

(V.5: 4-6) El objetivo debe formularse claramente y luego tenerse siempre presente. Aprender y querer aprender son inseparables. Te resulta más fácil aprender cuando crees que lo que estás tratando de aprender tiene valor para ti.

Como uno de los desafíos de Jesús es motivarnos a querer aprender lo que

está enseñando, él trata de mantener que lo más importante en nuestra

mente es que su viaje de perdón nos llevará a un estado de paz, mientras

que el camino de la individualidad y el especialismo del ego solo conducirá

al dolor. Una vez que este objetivo es claro, no podemos sino ayudarnos al

valorar este curso y su mensaje curativo del milagro.

Para resumir, el ego se deshace al comprender que su propósito es mantener

el principio de Expiación de la mente correcta oculto y oscuro. Creamos un

mundo en el que podemos escondernos en un estado de separación,
sin una
mente, viendo los intereses de todos como separados de los nuestros.
Este
pensamiento es fácilmente corregido cuando dejamos que Jesús nos
ayude a
comprender que no podemos percibir a los demás como separados de
nosotros mismos y estar en paz. Reconocer que nuestras inherentes
cosas en
común como mentes divididas - todos compartimos la misma
necesidad de
despertar del sueño de locura del ego - es el medio que Jesús usa para
despertarnos a nuestro Ser verdadero, que finalmente elegiremos
debido a
su valor inherente para nosotros.

Del libro "Viaje a través del Texto de UCDM" por el Dr. Kenneth
Wapnick.

Traducción al Español por Daniel Bezveselny

Grupo de estudio en Telegram

Viaje a través del Texto de Un Curso de Milagros por Kenneth
Wapnick.